

EL TREN QUE VA A NINGUNA PARTE (NOVELA)

Como en visión de trágico delirio,
la mano negra de la mala suerte,
estampa el muro; y en su marcha inerte
se delinea el tenebroso lirio del amor,
más profundo que la muerte.

Leopoldo Lugones

-1-

- ¡Y Rafael? ...Qué le sucedió si puede saberse.
- Los periódicos dijeron que lo habían encontrado muerto en una estación de tren.
- ¡Los periódicos inventan lo que les da la gana!
- Pero tú eras su socio, debes saber mucho más.
- Estuviste tantos años cerca de él.

-Se conocieron desde la escuela ¿No es así? cuando ambos estudiaban en el colegio Williams que estaba por Mixcoac...

-Pero después... ¿Qué pasó después?

--Para algunos seres la realidad sólo trasciende a través de una mentira, y es que los hombres gustan de contar su pasado como les gustaría que hubiese sido...

-Ustedes quieren saberlo todo –respondió Daniel Iturbide exasperado ante la acuciosa curiosidad de sus invitados, que parecía redoblarse en aquellas horas de la madrugada.

-Desearíamos conocer la verdad, después de todo era nuestro amigo. –insistió Isabel Farfán dándole un trago a su whisky.

-La verdad –repitió el interpelado- ¿Quién puede saber toda la verdad?... sólo él, y se la ha llevado sin dejar huella... después de todo era su vida, su intimidad, a la que ninguno tenemos derecho de profanar... -y dio una larga chupada a su cigarro que luego apachurró en el cenicero de cristal.

-Fue todo tan repentino... la boda que se canceló, su largo viaje sin despedirse de nadie... -recordó Concha de los Monteros...

-Como ustedes saben Rafael y yo nos conocimos en el colegio efectivamente...el habitaba en una bonita casa rodeada de un amplio y bien cuidado jardín donde se podía vivir feliz; de sus altos muros de tepetate colgaban las bugambilias, y había una higuera de la que yo arrancaba higos maduros. Rafael era un excelente estudiante y sin lugar a dudas, desde entonces se convirtió en mi mejor amigo. Cuando reía, lo cual era a menudo, pues tenía siempre a flor de labio una sonrisa, se le hundía un hoyuelo en la barbilla que le agraciaba el rostro. Era un muchacho muy generoso que gustaba compartir conmigo la torta, el helado, y las novelas de aventuras amorosas que leíamos a escondidas... y hasta me regaló una pluma parker...

-Que entonces eran las más codiciadas... -aseguró Carlos Ocegüera.

-Hoy que los años me han ido enseñando que la vida dista mucho de ser un cuento de hadas, al revivir la época de la inocencia, con sus pequeñas alegrías, concluyo en que son los recuerdos de la juventud, los que construyen más tarde nuestra verdadera identidad.

-El provenía de gente acomodada ¿Verdad?- inquirió Daniel Serrano.

-Sí. Don Rafael su padre, era el dueño de una jabonera cuyos productos competían con los de la Palmolive; y más tarde, hombre industrial e incansable trabajador, fundó de la fábrica de chocolates

-De la que tú eres dueño ahora –afirmó Matilde Zambrano-

-Bueno, yo estoy hablando de otros tiempos, cuando empezamos a hacer nuestros primeros pininos...los dos habíamos terminado el bachillerato y él me invitó a trabajar en los negocios de su papá, el cual me dio el empleo inmediatamente porque me había conocido desde niño, y me mandó de bodeguero a la jabonera; al principio no soportaba el olor y creo que hasta volví el estómago, pero a los tres o cuatro días ya me había acostumbrado; en ese puesto duré casi dos años, hasta que substituí al titular quién era un flojo de marca...

-¿Y Rafael?

-No era mucho más que yo, pues él también comenzó desde abajo estibando cajas en la chocolatería...pero aunque nuestros domicilios de trabajo estaban muy distantes, seguíamos viéndonos a diario, pues coincidíamos por la noche en la Escuela de Comercio y Administración.

-Vida monótona –opinó Matilde- tratándose de unos muchachos, seguramente ansiosos de divertirse y por supuesto de tener novia.

-Pero que a pesar de ello, vale la pena ser contada, porque desde entonces Rafael daba muestras de ser un negociante nato; y sobre todo un joven honesto y disciplinado,

seguro de que la fortuna no se adquiriría sin esfuerzo y trabajo, así que con esas cualidades, que no pasaban desapercibidas para nadie, mucho menos para su progenitor fue ascendiendo por mérito propio hasta convertirse en jefe de crédito y cobranza; por aquel entonces Don Rafael, quién me trataba igual que a su hijo, nos llevaba cada año en Navidad a las Fábricas de Francia, para que eligiéramos un traje de buen casimir, con su respectivo chaleco que entonces se usaba, así como camisa y corbata.

-¿Y en cuanto a novias? –insistió Concha.

-La verdad es que no teníamos mucho tiempo para ellas, apenas contábamos con unas pocas amigas, a las que solíamos invitar los domingos al cine Magerit o al Lux a disfrutar un programa doble, aunque cuando nos apretaban en la escuela dejábamos de frecuentarlas y las chicas se iban alejando...Al terminar los estudios Rafael fue nombrado Sub-Gerente de la dulcera y en cuanto tomó posesión del puesto, ordenó inmediatamente mi traslado de la fábrica de Tlalnepantla donde yo trabajaba, a la chocolatera, con el cargo de gerente de ventas. Estando más cerca, seguimos siendo los inseparables camaradas que no solamente compartían el trabajo, sino que hasta nos íbamos algunas veces a jugar un partidito de boliche.

Poco después, Don Rafael al observar el magnífico desempeño de su vástago, ocupó la presidencia del Consejo de Administración de la empresa y su hijo asumió la gerencia general, contando apenas con 26 años. Comenzó por crearse un eficiente equipo de trabajo, así que de buenas a primeras fui nombrado Sub-Gerente de la chocolatera, puesto que al principio me hizo sentirme abrumado por la enorme confianza que había depositado en mí.

Su padre, descargado de las obligaciones de la empresa dulcera hizo crecer la fábrica de jabón que llegó a contar hasta con 300 obreros que laboraban día y noche en tres turnos. Los jabones de la marca “Delicias” inundaron el territorio nacional y hasta empezaron a exportarse a Centro América, la producción se triplicó pero un lidercillo sindical empezó a crear dificultades, Don Rafael que había sido siempre un buen patrón paternalista y amistoso debió enfrentarse a inesperadas dificultades que lo desanimaron al grado de que cuando los gringos se interesaron en adquirir la factoría, no dudó en venderla optando por invertir su enorme capital en bienes raíces que le dejaron muy buenos rendimientos, de tal suerte que al morir, su único hijo no sólo heredó la empresa sino un buen número de casas, edificios y terrenos que le obligaron a tomar un contador dedicado exclusivamente a su administración .

Para entonces nuestros chocolates que se consumían al por mayor en desayunos y meriendas, se fabricaron además en otra línea diferente, presentándolos en estuches de lujo para regalo, a los que muy pronto se aficionaron las damas golosas, dispuestas a cambiar sus atractivas sonrisas por los irresistibles bocados. Habíamos importado maquinaria moderna, conseguíamos el mejor cacao de Tabasco, el Caribe y hasta del extranjero, la producción se había duplicado dos o tres veces, empezamos a anunciarnos en la XEW que transmitía “La Hora del Chocolate” con excelente auditorio, la publicidad aumentó más nuestras ventas y no nos dábamos abasto para satisfacer las cada vez mayores demandas del mercado.

Aunque presionado por el trabajo, encontré tiempo para conseguir novia y Laura me tuvo paciencia...

-Dany me conquistó con chocolates...-declaró sonriendo la anfitriona.

-Cuando nos casamos Rafael nos apadrinó y a la llegada de nuestro primer hijo, de padrino pasó a ser compadre, a lo que él accedió gentilmente; siempre dadivoso y noble me regaló unas acciones de su empresa, convirtiéndome de empleado a socio.

-Era un ángel –admitió Laura- y aunque tenía a su madre, le gustaba venir a almorzar a nuestra casa, donde yo hacía mis primeros experimentos de cocinera que le gustaban tanto, así que una vez entre chanza y chanza se me ocurrió preguntarle:

-¿Y usted cuando compadre?

-¿Cuándo que comadre? –me preguntó extrañado, ya no era tan muchacho, pues contaba treinta y dos años.

-¡Pues cuando se nos casa?... a la buena si tiene suerte le sale una buena cocinera.

-Para eso no necesita casarse –intervine yo- pues nuestra casa es tú casa, y nuestra mesa la tuya.

-Pero yo le aclaré al punto –interrumpió Laura- mire compadre, una buena mujer es algo mucho más que un platillo exquisito, es alguien dispuesta a amarlo, y a darle un heredero o muchos si los desean...

El compadre se quedó pensativo.

-Tiene razón comadre - me respondió- es hora de buscar quién se ocupe de mí, Hasta ahora he tenido la suerte de conservar a mí madre, pero los hombres, necesitamos siempre de una mujer para que los vientos no nos derriben,

-2-

Rafael agradeció el consejo y lo incorporó a su vida. Laura tenía razón entre trabajo, juntas y papeles, con la avidez por aumentar las ganancias, que es la obsesión siempre insatisfecha de los comerciantes, se le habían ido escurriendo los años pero ya era hora de matrimoniarse y de tener un hogar. Hasta entonces nunca se había enamorado verdaderamente, y si bien tuvo como cualquier muchacho algunas aventuras fáciles, de esas que aparecen y desaparecen de nuestras vida sin dejar huella, como estrellas que una noche lucen y luego se apagan, se las guardó para su intimidad o las fue olvidando sin concederles mayor importancia, enfrascado siempre en la expansión del negocio que crecía vertiginosamente, así que cuando todo el personal abandonaba la empresa, solía quedarse con Daniel a elaborar juntos nuevas estrategias de venta, y cuando se les hacía muy tarde, siempre atento y caballeroso exigía a su socio que regresara a su casa, donde la comadre Laurita seguramente debía estarle aguardando, mientras él dando sorbos a un café bien cargado se ponía a evaluar los proyectos para edificar otra fábrica, revisando los planos del ingeniero y supervisando incansable los reportes del supervisor de producción, o del ejecutivo de cuenta de la agencia publicitaria, satisfecho de ver en los patios bien alineados, los vehículos cargados de chocolate que a la mañana siguiente saldrían a entregarse entre los mayoristas y las cadenas de tiendas de autoservicio; muchas ocasiones lo sorprendió la media noche trabajando, pero después de unas bien ganadas horas de sueño se presentaba al siguiente día fresco, sonriente, mientras el amigo-socio lo reñía instándolo a hacer un poco de vida social que por otra parte la imagen de la empresa en plena expansión lo requería. Convencido de que todo estaba bajo control, se decidió por fin a asistir a las comidas de la Cámara, los cocktails de los bancos, las invitaciones de alguna embajada y hasta las reuniones de los políticos, industriales, proveedores, exportadores y hasta competidores cuya confianza fue ganando, cautivados todos por su sencillez, franqueza, modestia y el trato igualitario que otorgaba lo mismo a los millonarios que al valet parking que estacionaba su auto o al mesero que lo atendía con particular diligencia. Poco a poco las invitaciones se fueron multiplicando y se le vio en festejos, aniversarios y cumpleaños, alternando con mujeres hermosas, y hombres que hablaban incesantemente de negocios, capitales, altibajos de la bolsa y por supuesto de viajes, cruceros, y ciudades cercanas o alejadas, exóticas o similares. Educado y atento escuchaba siempre viendo a

los ojos de su interlocutor, concediendo la misma atención, a la charla intrascendente de una señora anciana, o al parloteo en inglés de algún visitante extranjero de visita en el país, alrededor del eterno tema de los empresarios; los negocios, el dinero, los mercados, los costos, el aumento de los impuestos y los recovecos de la mercadotecnia.

Pronto se hizo estimar y su presencia se volvió indispensable en todos los eventos, pero dentro de aquel enorme conglomerado de amistades, no apareció ninguna mujer que le interesara y apenas si surgió alguna amistad femenina con la que entablaba una animada charla y a la que el amable ejecutivo hacía enviar al día siguiente una caja de chocolates acompañada de su bien diseñada tarjeta de presentación.

-3-

Rafael como cualquier hombre guardaba en su interior el secreto deseo de ser amado, y sin mencionarlo nunca ni siquiera a su mejor amigo, había ido buscando por todos los rincones ese amor necesario, maravilloso y único al que él suponía que tenía derecho, considerándose merecedor, tal si se tratase de un premio que la vida habría de otorgarle, como justa retribución a sus años de esfuerzo e inquebrantable disciplina; sólo que demasiado ingenuo, pese a haber cumplido treinta y tres años, no había aprendido que el amor no se busca, sino que si está en nuestro destino, y sin importar que hallamos tocado muchas puertas, el día y en el lugar menos esperado sale a nuestro encuentro como una casualidad; y aquel ser, anhelado todas las largas horas de una crónica soltería llega para cambiar nuestras vidas, nuestras costumbres y como una utopía sublime que de pronto se realiza, aparece el alma gemela dispuesta a escucharnos y a comprendernos; alumbrando nuestras infortunadas noches de soledad y de tristeza, más he ahí, que no obstante estar continuamente rodeado de gente, la anhelada presencia no llegaba y mientras trascurrían las semanas y los meses, él se aferraba a una esperanza cada vez más débil pero a la que por nada del mundo hubiera deseado renunciar, haciendo renacer cada mañana esa huidiza ilusión por algo tan etéreo, y tal vez hasta imposible, en la que con el ánimo optimista volvía a creer, esperando que en alguna reunión, un viaje, un contacto con el vasto mundo que frecuentaba, o a la vuelta de una esquina, apareciera el milagro como brotado de un encantamiento oriental, y él, enamorado, dichoso, atraparía al punto esa felicidad que no pueden conceder ni el dinero, ni el éxito, ni mucho menos la codiciada posición social que disfrutaba; entonces aquel ser, todavía sin rostro, le entregaría su vida dispuesta a no defraudarlo, a la que él a su vez, se sentiría feliz de corresponder, convencido de la inevitable desilusión que sobreviniera después de aquellos escauceos que otros llamaban aventuras y que por exigencias de la carne, una vez satisfecha, terminaban siempre por decepcionarle y por aburrirle, porque no representaban más que una estéril compra de caricias.

Aconsejado por su madre, la dulce y bondadosa Doña Juanita, *mamá Jenny* e influido por su educación tradicional, Rafael seguía soñando en una hermosa sirena, tan bella de rostro y de cuerpo como de alma, a quién él entregaría gustoso el fruto de su trabajo, la cosecha de su prolongado esfuerzo, y pensaba -ilusión torpe y desatinada- más propia de un adolescente sin experiencia que de un hombre maduro- que no solamente podría ofrecer las satisfacciones materiales emanadas de su desahogada economía sino su determinación de amarla guardándole la fidelidad que seguramente sería correspondida, aunque el mundo de hoy día no sólo la considerara rara o imposible, sino hasta ridícula; y el hombre optimista seguía soñando en esa mujer cuyas buenas intenciones e intachable sinceridad fueran acordes con la suyas y cuyos objetivos mutuos: amor, tranquilidad, paz, compañía, cuidados recíprocos, repitieran, a despecho de nuestra época, lo que él había vivido y apreciado en el matrimonio de sus padres, donde nunca hubo un desacuerdo; y en el cual mamá Jenny había desempeñado

lealmente el doble papel de esposa y de madre, no sólo de él a quién había formado, sino de su esposo mismo, que aunque sagaz, autoritario y hombre seguro y emprendedor, se convertía en un manso cordero al trasplantar la puerta de su hogar, donde la monotonía de la convivencia matrimonial no había carcomido la cándida ternura de un noviazgo sin fin; y así, observando a su padre había descubierto que un hombre, como cualquier actor, desempeña un infinito repertorio de papeles que le habían sido asignados y que su progenitor representaba a la perfección, convirtiendo al hombre dotado de un don de mando, en el delicado galán que por muy fatigado que se encontrara daba el brazo a su compañera para caminar los veinte pasos que los conducía al comedor donde degustando la consabida cena la pareja se hacía referir el acontecer del día, entonces Jenny, verdaderamente interesada por cuanto hacía su esposo le preguntaba noche a noche acerca de sus logros, felicitándolo por sus aciertos, alentando sus esperanzas, aconsejándole con su intuición de mujer que había terminado por conocer a través de cientos de referencias, el perfil de los más cercanos colaboradores de su esposo, identificando con perspicacia el largo desfile de clientes, proveedores y hasta personajes que de una manera indirecta tenían que ver con sus actividades; y luego, a su turno, ella le refería también las pequeñas minucias concernientes a su sencillo papel de ama de casa y por supuesto los progresos del hijo único que era el otro objeto de su adoración y al que ella atribuía las mismas cualidades de su padre, aduciendo que lo mejor de su carácter eran la honestidad y el tesón.

A la muerte de su amante esposo, Jenny inconsolable, se refugió en el amor del hijo en él que veía todavía –ingenuidad de madre- al inquieto estudiante a quién amorosamente ponía en su mochila los bocadillos gustados por los muchachos, que así llamaba a su hijo y al incondicional amigo cuya fidelidad, su intuición de mujer y sabiduría de madre, adivinaba que nunca habría de menguar.. .

-4-

Y el milagro se hizo, inesperadamente, como suelen ocurrir todos los milagros.

La inauguración de las modernas oficinas de un importador convocó gente del medio, incluyendo por supuesto agentes aduanales, banqueros, y productores de cien artículos ansiosos de rebasar las fronteras nacionales.

Rafael y su inseparable socio fueron invitados y apenas llegaron fueron a felicitar calurosamente a los anfitriones que los recibieron con señalada deferencia, Don Antonio Fernández del Río director de la firma se adelantó para abrazarlos y después de los consabidos apretones de manos solicitó su asistencia para la indispensable fotografía, que sin duda alguna sería publicada en los diarios capitalinos seguida de una crónica elogiosa que detallaría el éxito del evento, testimoniando las excelentes relaciones propiciatorias de un auge comercial sin precedentes.

Entonces como surgida de un enjambre de hechicería, surgió el prodigio convertido en mujer. Rafael la vio llegar, acompañada de otra chica, portando un aire ducal, cuya gracia desembarazada no exenta de una fina coquetería, atrajo al instante la atención de los concurrentes que se acercaron para saludarla entre sonrientes caravanas y frases lisonjeras.

Rafael sintió de pronto que su respiración se había detenido unos instantes y que una sensación desconocida provocada por la emoción, consecuencia de un derrame de dopamina desplegada en el cerebro, anunciada en el estómago y dispersa en todo el cuerpo, le había producido una mezcla de alegría, temor, admiración y tantos sentimientos entremezclados que no podía definir ni muchos controlar. Era la belleza cuyo triunfador despotismo inundaba su mente y su espíritu sumergiéndolo en un

vértigo abrumador que jamás había sentido ante la presencia de ninguna mujer, La muchacha, embajadora de ese viejo paraíso perdido interpretaba sonriente su rol de mujer: dominar, conquistar, seducir, ostentar en sus sonrisas su cetro de sultana cuyo imperio eran el amor, la vida y hasta esa pretendida dicha que sólo puede conceder la impactante presencia femenina.

Por un momento no supo discernir si el impacto duró una eternidad o el instante que abarca el chispazo de un relámpago, el todavía joven empresario osciló entre un deslumbramiento donde más que observarla se diría que la bebía con los ojos y con el alma, aquella fuerza hipnótica le distrajo de momento hasta que la voz del señor Fernández, que debió elevarse de tono lo despertó de aquel ensimismamiento, presentándole una serie de personalidades cuyos bien cortados trajes proclamaban el poder del dinero y cuanto se puede adquirir con su posesión: personalidad, carisma y hasta simpatía; y Rafael con la mente en la presencia que lo había perturbado asistía sonriente a una lluvia de cumplidos, y manos tendidas que le extendían tarjetas que él correspondía, mientras el flash de media docena de cámaras testimoniaba la consideración de que era objeto su firma, respondiendo además con aplomo y atención a las consabidas preguntas y comentarios de sus colegas pero sin despegar los ojos de aquella imagen que resplandecía en un elegante vestido color perla que hacía las veces del estuche que guarda una joya valiosísima; la joven, que no había dejado de repartir esas cautivadoras sonrisas con que una bailarina famosa obsequia a sus admiradores, pero sin perder ni un ápice la seguridad, balanceando las caderas que le hacían más delgada la cintura, infundiendo armoniosas ondulaciones en su cuerpo joven, con los brazos desnudos hasta los codos y prodigando aquel encanto que convertía en día de fiesta el don de contemplarla, se fue acercando hacia el grupo que presidía el señor Fernández a quién saludó disponiendo la mejilla para recibir el consabido beso, mientras Rafael con la inconmensurable rapidez de una mirada abarcaba: nuca, cabellos, espalda, cintura, observando con idolatría aquel rostro que alojaban los divinos ojos color miel y aquella encantadora silueta que rememoraba a la sultana Scherazada cuyo ingenio y donosura venciendo al misógino príncipe conquistó un trono.

Después de los saludos de rigor Don Antonio se volvió a la pareja de chocolateros y dirigiéndose a Rafael enfatizó:

-Licenciado Cuéllar tengo el honor de introducir a sus atenciones a mi sobrina Regina Fernández, y a su compañera de estudios la señorita Irene Benavides. –y como hubiera advertido su descortesía se volvió a Daniel- mi sobrina es hija de una hermana mía que reacia a vivir en la capital nos ha confiado a Regina.

Rafael quién de pronto había enmudecido, aventuró una sonrisa y tomó delicadamente la mano que la joven le extendía con esa sencillez de soberana cuyo regio abolengo no desmerecía su gallardía, sencillez y amable condescendencia.

-Señorita...-balbució.

E hizo otro tanto con la acompañante que parecía asistir divertida al impacto que su amiga provocaba.

-El licenciado Cuellar, -precisó Don Antonio- es la persona de quién te he hablado alguna vez y conjuntamente con el licenciado Iturbide, son los propietarios de la chocolatera cuyos productos comercializamos, no solamente en la república sino en toda América.

Regina y Daniel intercambiaron sonrisas y apretones de mano, luego mucho más segura añadió dirigiéndose a Rafael.:

-Me da mucho gusto conocerlo personalmente licenciado Cuellar, mi tío me ha ponderado en varias ocasiones la empresa que ustedes regentean; y mi amiga y yo estamos enteradas de que es la más importante productora de chocolates en el país.

-La señorita nos honra con su amable comentario –respondió Rafael más repuesto- pero sólo somos una empresa cuyo crecimiento lo debemos a la importante colaboración de su señor tío quién nos ha favorecido abriendo muchas puertas para nuestros productos desde la época en que mi padre inició las relaciones comerciales, hoy, afortunadamente también amistosas.

-Don Rafael Cuellar –explicó Don Antonio- que en la paz del Señor esté, era todo un caballero cordial y muy dinámico, cualidades que hoy aprecio son multiplicadas en su hijo y en el licenciado Iturbide.

-Por lo cual los felicito –concedió Regina.

-Mi sobrina –aclaró el anfitrión- está concluyendo su carrera de periodismo en la Ibero al igual que la Srta. Benavides.

-¡Interesante profesión! –reconoció Rafael con galanura.

-Sobre todo para dos jóvenes con inquietudes –completó Daniel quién hasta entonces había permanecido silencioso.

-Gina las tiene –afirmó orgulloso Don Antonio- y ya empiezan a publicarle sus reportajes en una revista.

-¡Qué interesante! –reconoció Rafael mientras admiraba aquel rostro que lucía demasiado bello para ser real, sorprendiéndose además de aquella caballera que le caía sobre la espalda nacarada haciendo marco a un cuello de alabastro- ¿Y sobre que temas escribe usted señorita?

-Sobre lo que supongo le interesa al público; y que además aporte algo para que la gente viva mejor.

-Eso conlleva una contribución social –opinó Daniel.

-Nos encantaría a Irene y a una servidora redactar un reportaje sobre el cacao, después de todo ha sido una importante contribución de nuestro México al mundo.

-Y hablar de su histórica evolución hasta convertirse en esa deliciosa golosina destinada a satisfacer los paladares más exigentes –argumentó Irene.

-Pues si en algo podemos serles útiles, en nombre de mi socio y del mío propio nos ponemos a sus órdenes. –ofreció Rafael.

-Contamos en varios estados de la república con amigos que nos proveen de la materia que nosotros procesamos –añadió Daniel con modestia

-Y que convierten en una irresistible tentación –declaró Regina dejando ver a través de aquellos labios hechos para el beso dos hileras de dientes perfectos.

Un mesero se acercó par ofrecer a los comensales un buen surtido de bebidas asentadas en una charola que portaba diestramente con una mano.

Las muchachas tomaron sendas copas de tequila mezcladas con squert mientras Don Antonio elegía un vodka y los chocolateros optaban por el Whisky escosés. entonces Rafael fijando los ojos en los de Regina añadió:

-Pues brindemos por el que no dudo habrá de ser un magnífico reportaje –y todavía sin atreverse a singularizar- ¡Y por tan guapas periodistas!

Presidía el despacho de Rafael un enorme cuadro al que circundaba una ancha cenefa y marco dorado, que guardaba una pintura al óleo representando un árbol de cacao, de cuyos ramajes cuajados de hojas lustrosas, lisas y aovadas, pendían los frutos en vainas de forma elíptica y alargada que contenían en su interior las semillas carnosas cubiertas de una delgada cáscara de color pardo.

-Los árboles suelen alcanzar hasta 12 metros de altura -enfaticó Rafael- según su procedencia, y en ciertas regiones como Berbice y Caracas se les suele llamar árboles del chocolate.

-¡Qué interesante! –concedió Regina, que cómodamente sentada sobre el amplio sofá de cuero oscuro, había colocado sobre sus bien torneadas piernas un cuadernillo de apuntes sobre él que había empezado a hacer anotaciones.

Irene quién también asistía a la entrevista aventuró la pregunta:

-¿Pero estos árboles también se hallan en muchos lugares de México, verdad?

-Desde luego señorita, aún existen enormes plantaciones en la Sierra del Soconusco y en las costas del mar de las Antillas, y otro tanto en regiones más lejanas como Guayaquil, Maraicabo, Magdalena y Surinam, de donde se extraen abundantes frutos.

-Confieso que estoy sorprendida –reconoció Regina, observando detenidamente la pintura.

-Y a esa transformación contribuimos nosotros –añadió sonriente Daniel- haciendo las veces de prestidigitadores que los convierten en bombones envueltos en papel celofán

-¡No es nada extraordinario! –replicó con modestia Rafael que verdaderamente se sentía feliz de recibir en lo que llamaba su *cueva*, cómo el solía denominar a su espaciosa oficina, aquella estatua de carne que no se cansaba de admirar, y que lucía aquella mañana un ajustado traje sastre color amarillo pálido, con falda muy corta saquito hasta la cintura y una blusa en otro tono del mismo color haciendo juego con las altas zapatillas y el elegante bolso de mano, y añadió en tono obsequioso- si ustedes me permiten ser su guía, les mostraré los *trucos* donde realizamos lo que mi socio llama pomposamente transformación

-Nos encantará –respondió Regina-

-Pero nos da pena quitarles su valioso tiempo, ya que supongo que seguramente tienen numerosos asuntos que atender –comentó Irene

-Siempre tenemos mucho trabajo pendiente, y cuando lo terminamos, sale más, pero nunca disfrutamos como hoy la oportunidad de recibir a tan hermosas damitas que nos conceden el placer de visitarnos y de interesarse por lo que hacemos.

-Gracias por lo de hermosas –coqueteó Regina- somos solamente dos chicas normales.

-Sólo he dicho la verdad –insistió Rafael y con una audacia que se desconocía añadió-

¡Es usted realmente poseedora de una belleza irrepetible que nunca jamás hubiera imaginado que existiera sobre la tierra . .

-¡Por Dios licenciado, que me hace sentir cohibida con sus palabras!

-Y si a ello se añade su trato tan amable, recibirlas constituye un honor para nosotros. –discurrió Daniel

-¡Es como si celebráramos un día de fiesta! –Completó Rafael.

-Su galantería me emociona –aseguró Regina- ¡Quedan tan pocos hombres gentiles en nuestra época!

-Ahora si me lo permiten las invito a conocer la factoría, -insistió- perdóneme si tomo las delanteras para ir mostrándoles las instalaciones y si no les parece aburrido proporcionarles alguna explicación.

Las muchachas seguidas de Daniel formaron una pequeña comitiva que fue desfilando primero por las oficinas, donde entre bromas, chascarrillos y sonrisas Rafael las fue presentando con las secretarias, contadores y todo el personal administrativo que iba y venía trayendo y llevando documentos, trabajando frente a las computadoras y ocupado en responder múltiples llamadas telefónicas. Los empleados sorprendidos de la agradable apariencia de las visitantes y del trato deferente que su jefe les otorgaba les sonreían cruzándose significativas miradas.

-Aquí se inicia nuestra labor –anunció Rafael cuando estuvieron en el patio donde una docena de pesados vehículos descargaba la materia prima- como verán recibimos toneladas de vainas que irán pasando a las máquinas para ser despojadas de la cáscara, nuestros antepasados debieron hacerlo a mano...

-¿Los antepasados? –repitió Gina agrandando los ojos en cuyas pupilas color almendra brilló la curiosidad.

-Sí señorita Gina, los mayas ya consumían chocolate al que llamaban chokol, al igual los aztecas que gustaban preparar a su vez el xocoatl... allí tiene usted al emperador Moctezuma deleitándose con la sabrosa bebida –y señaló el enorme mural que adornaba el amplio vestíbulo y en el que se representaba al soberano azteca sentado en su trono, mientras una linda asistente la ofrecía de rodillas, en tanto que a través de un arco del real palacio se divisaba a lo lejos la lacustre Tenochtitlán con los altivos volcanes al fondo- Los aztecas preparaban el manjar triturando las semillas a las que añadían un poco de miel, especias y harina de maíz, al principio esa pasta no gustó mucho a los conquistadores, pero cuando se les ocurrió agregarle azúcar su consumo comenzó a propagarse no sólo en la colonia y en la madre patria, sino en toda Europa donde obtuvo inmediatamente tal aceptación, que en Italia en 1606, Antonio Carletti instaló la primer chocolatera mientras que en Francia el cacao se fue introduciendo bajo el reinado de Luis XIV y en Inglaterra su consumo se expandió en 1657. El chocolate inundó Europa y a la fecha la importante factoría italiana de Perugia surte al viejo continente con productos de alta calidad.

-¿Y en México licenciado? –preguntó Gina.

-Pues también contribuimos con lo mejor que podemos, pensando siempre en satisfacer los más exigentes paladares, ya que el producto aparte de ser una golosina es un alimento muy nutritivo que estimula los órganos de la digestión, y que incluso tiene otros usos, como en la industria farmacéutica donde lo destinan a la terapéutica infantil.

La pequeña comitiva se había dividido en dos parejas y Rafael entusiasmado con la sonrisa de Gina que no se le había borrado del agraciado rostro, no pudo contenerse y apartándose de las explicaciones del caso exclamó de pronto.

-¡Qué hermosos son sus ojos señorita Gina! Se diría que el sol los vuelve más resplandecientes y que su fulgor es aún más potente que el del astro.

-Licenciado en verdad que es usted además un poeta... -respondió Regina complacida.

-Qué más quisiera que serlo de veras para encontrar las palabras que me ayudaran a expresar la emoción que me motiva su presencia, porque desde el día que tuve el gusto de conocerla no he dejado de recordarla...

-¿Nada más por el hecho de que usted supone que soy guapa?

-¡Oh no, evidentemente que no sólo por eso! –protestó el empresario- su trato, sus palabras, su don de gentes me han cautivado, porque representan valiosos atributos de su personalidad señorita...

-Dígame simplemente Gina

-Entonces a su vez, llámeme Rafael, como lo hace todo el mundo, así lo he solicitado incluso a mis subordinados que antes me anteponian eso de don, de jefe o de patrón; que encuentro ya muy pasado de moda, porque en resumidas cuentas soy solamente un compañero, que al igual que ellos desempeña su cometido, ya que como usted apreciará todos procuramos desde nuestro lugar que la empresa salga adelante, lo cual conseguimos respetándonos y siendo eficientes.

-Como en una auténtica democracia.

-Justo, usted lo ha dicho, donde todos somos importantes desde los muchachos que se encargan de la molienda, o que laboran en las mezcladoras en el proceso de malaxación,

como el trabajo de las chicas que empaquetan tablillas, o etiquetan los frascos del chocolate molido que se emplea para el desayuno.

Y cuando las dos parejas se hallaron frente a las potentes máquinas trituradoras y tostadoras, Rafael continuó sus explicaciones.

-El enorme consumo nos obliga a utilizar la más moderna maquinaria, cuyo uso se originó en el siglo XVIII; por nuestra parte sólo fabricamos una pequeña parte en forma artesanal para obtener un producto muy selecto destinado a una clientela pudiente, y cuya materia prima ha sido cuidadosamente separada; un buen chocolate se considera de alta calidad cuando contiene un 70% de azúcar, un 23% de grasa y un 1 % de tenebrina; el punto de fusión de la grasa debe oscilar entre los 33 y 36 grados.

Entonces las muchachas observaron como la temperatura convertía a las semillas en una pasta a la que posteriormente habría que añadirle los ingredientes que la volvían apetecible: azúcar, canela, vainilla; según se destinara para pastillas, enjambres, bombones, polvo o tablillas.

Gina tomaba notas alternando su atención entre las explicaciones del guía y el funcionamiento de máquinas y recipientes que preparaban aquella masa oscura y de agradable olor para hacerla llevar al departamento que al decir de Rafael tenía por consigna *maquillar* el producto, labor de la que se encargaba un grupo de alegres muchachas que lo asentaban en atractivos envases y recipientes.

Habían llegado al final de la jira y Daniel anunció que eran las dos de la tarde, hora en que todo el personal se reunía para almorzar.

-Este es nuestro comedor –dijo señalando orgulloso un sitio limpio, bien alumbrado, donde las mesas puestas con dignidad y decoro exhibían sobre manteles bien almidonados y reluciente cuchillería, alimentos sanos y abundantes.-Aquí nos reunimos todos los que laboramos en la empresa para compartir los alimentos.

-Confío que ustedes, señorita Gina y señorita Irene nos concederán el placer de aceptar nuestra invitación para acompañarnos a comer –Sugirió el anfitrión.

-Pero eso es abusar de su hospitalidad –protestó Irene.

-De ninguna manera –respondió Rafael- para Daniel y para mí será un placer, que por cierto no disfrutamos con frecuencia, así que elijan el lugar que más les agrade.

Entonces Gina con seguridad respondió

-Aceptamos su invitación, pero preferiríamos comer aquí.

-¿Aquí? –repitió Rafael incrédulo.

-Sí, en el lugar que ustedes acostumbran convivir con sus colaboradores.

-Pero el menú suele ser muy simple como ustedes comprenderán -dijo Rafael como disculpándose.

-Y que importan los menús sofisticados ¿Verdad Irene? Es su compañía lo que apreciamos y habremos de disfrutar.

Entonces Rafael entusiasmado exclamó:

-Señorita Gina, es usted una reina, una verdadera soberana, que no sabe desdeñar a sus súbditos...

¿Qué súbditos? –interrogó incrédula Regina.

-¡Y que otra cosa sino somos los hombres frente a usted, que conlleva con su hermosura y distinción la sencillez y la franqueza? ...y ante el estupor de las jóvenes Rafael sin poder disimular su alegría se dirigió a sus compañeros para anunciarles:

-Compañeros: hoy estamos recibiendo en nuestra casa la grata visita de dos jóvenes periodistas, una de ellas, la señorita Regina, sobrina de nuestro estimado distribuidor Don Antonio Fernández, quienes han aceptado venir a compartir el pan con nosotros ¿Qué les parece si las recibimos con un caluroso aplauso?

Un obrero inició la ovación que gradualmente fueron repitiendo todos. Rafael dispuso el asiento de Gina y de Irene; y los cuatro sonrientes, bromistas, con los ojos chispeantes se dispusieron a saborear una simple pero bien caliente y apetitosa sopa de verduras.

-6-

El confitero de cristal colmado de chocolates y rematado por un ancho moño rojo, halagó tanto a Gina que al día siguiente llamó a Rafael para agradecerle su cordial acogida, asegurándole que habían pasado ella y su acompañante una agradable mañana y que al redactar el reportaje no olvidaría mencionar la calidad de los productos de su firma.

El a su vez le manifestó su anhelo de disfrutar plenamente el incomparable placer de su amistad y hasta envió saludos a Irene y a Don Antonio.

Nada podría hacerme más dichoso que conquistarla –confesó a Daniel quién aún no salía de la sorpresa pues jamás había visto a su socio poseído de un entusiasmo tan optimista que proclamaba con creces la ilusión de un dichoso futuro

-Se diría que Gina te ha sumergido en un delicioso sueño –concedió su socio.

-Así es efectivamente, pero reconoce que no podemos permanecer en el mundo, sino tenemos sueños que nos den motivación de vivir, aunque otros prefieran llamarlos implemente propósitos o planes.

-Cierto –reconoció Daniel- sólo que me parece que vas muy de prisa. Aún no conoces a Gina, que si no me equivoco me parece que es una muchacha muy inteligente adicta a las diversiones y quién seguramente debe estar rodeada de una multitud de amigos en la que no faltaran pretendientes y presuntamente algún novio

-¿Tú crees?

-Nuestra existencia, Rafael, se reduce a la confrontación entre lo que soñamos y la realidad.

Rafael le concedió la razón pero le reprochó al instante.

-¿Acaso no eras tú quién me inducía a buscar una novia y hasta a casarme?

-Desde luego ojalá y encontraras lo que buscas en esa joven que aparte de ser muy guapa, tanto te ha atraído; pero por el momento lo primero que debes hacer es conocerla y tratarla.

- Haré cuanto pueda por acercarme a ella. –respondió Rafael y cumpliendo su objetivo, pasados tres o cuatro días le envió un precioso ramo de rosas acompañadas de una nota en la que le reiteraba sus deseos de ver publicado muy pronto su reportaje.

La respuesta no se hizo esperar, Gina pertenecía a ese tipo de muchacha moderna que cuando algo le interesa no suele regatear demasiado su amistad

-Sus flores son preciosas –comentó por teléfono- y las he colocado inmediatamente en un florero dentro de mi habitación para seguirlas admirando.

-Lo que confío dará lugar a que se acuerde de mí.

-Ya lo hago y puede usted estar seguro que con placer. .

¿Entonces podré aspirar a su amistad?

- No veo inconveniente en que no podamos ser buenos amigos... después de todo mi tío le guarda especial aprecio, y cuando le he hablado de nuestra entrevista se ha manifestado muy satisfecho reiterándome que usted heredó de su padre la franqueza y la caballerosidad.

-Y puede usted contar desde ahora con la certeza de que en agradecimiento a la confianza que me dispensa, nunca habré de defraudarla.

-Gracias, no dudo que así tendrá que ser.

- ¿Me permitirá acercarme a usted, visitarla y si es posible compartir de vez en cuando un café en el que sea posible charlar y conocernos un poco más?

- Si tanto lo desea, y nuestros encuentros no le distraen demasiado de sus compromisos... aunque a decir verdad, yo tampoco dispongo de mucho tiempo pues entre las clases, los trabajos y las lecturas a las que nos obliga la carrera, me absorben todo el día.

-Bastará alguna tarde, o si lo prefiere planearemos cenar en alguna parte.

-Ya lo veremos más adelante. Mis tíos continúan siendo muy chapados a la antigua y vigilan mis salidas nocturnas, pero si les comento que se trata de usted, no pondrán reparos para que vayamos alguna vez al teatro al que soy muy aficionada o a ver juntos alguna película, porque supongo que le agrada el buen cine ¿Verdad?

-Confieso que asisto pocas veces, pero si usted me dispensa la oportunidad de acompañarla seguro que lo disfrutaré encantado.

-Ya se presentará la ocasión de elegir juntos una cinta, ya que aprecio mucho el trabajo actoral y si mi familia me hubiera permitido elegir, no hay duda de que hubiera optado por estudiar las artes escénicas.

-Carrera que debe ser muy interesante. Pero dígame Gina, si no es una indiscreción, ¿Por qué no intentó convencer a los suyos que ser actriz es como ejercer cualquier otra profesión? Porque después de todo lo mejor es hacer lo que nos gusta.

-Licenciado... mis padres son personas mayores, provincianos con ideas muy arraigadas, y jamás hubieran consentido incluir en la familia lo que ellos llaman una cómica, así que tuve que optar por algo más de su agrado, una carrera, que a final de cuentas habrá de mantenerme alejada de ellos, porque una reportera profesional debe ser alguien dispuesta a correr medio mundo tras de la noticia

-¿Y usted?...

-Soy una mujer inquieta que me gustaría conocer otros países.

-Viajar es una grata inquietud, yo a mi vez hago otro tanto, y de vez en cuando me evado del escritorio y salgo a conocer y visitar a nuestros clientes más lejanos, y generalmente cuando regreso, retorno con pesar, porque tengo que alejarme de los buenos amigos que he conseguido hacer, pues la gente de los estados suele ser por lo regular cálida y hospitalaria; y aún en el ambiente comercial, el trato que me dispensan suele ser en ocasiones tan atento y cordial como si me hubieran conocido de toda la vida..

-Ello se debe a su simpatía y don de gentes.

--Favor que usted me hace, aunque en cuanto a ello usted podría darme unas clases. .

-No tanto como eso, pero sí le puedo asegurar que ofrecer una sonrisa siempre invita a recibir otra.

-Y usted es pródiga en repartir sonrisas.

-Digamos que me gusta la gente.

-Desempeñaría un magnífico papel como Relaciones Públicas en nuestra empresa.

-¿Por Dios licenciado! ¿Me está usted ofreciendo trabajo?

-¿Y porque no? ... entonces estaríamos mucho más cerca.

-¿Tanto desea mi compañía?

-¿Tanto, señorita Gina!

-Gracias pero por el momento deberá usted conformarse en que nos veamos alguna tarde de vez en cuando.

-¿Pronto? –interrogó ansioso.

-Pues algún fin de semana, el Sábado por la tarde cuando ya he concluido mis clases.

-Entonces... ¿Vendrá usted sola?

-¿Por Dios! ¿Es que mi amiga no le agrada?

--No piense eso por favor, simplemente preferiría que los minutos que me conceda sean sólo para mí.

-¡Egoísta! --bromeó Gina.

-No creía que lo fuera, pero su presencia, sus palabras, su compañía, son cosas tan importantes y valiosas que no desearía compartir con nadie.

-Bien, pues trataré de complacerle. Nos veremos el sábado próximo, y aprovecharé para llevarle lo que llevo adelantado del reportaje, antes nos hablaremos para confirmar sitio y hora.

-¿Preferiría usted algún lugar en especial?

-No tengo predilección por ninguno. Pero si me va hacer el favor de revisar mi trabajo, lo mejor será un lugar tranquilo.

De acuerdo.

-Entonces hasta el Sábado --se despidió Gina y añadió- Y nuevamente gracias por las flores.

Y colgaron.

-7-

El encuentro fue en una tibia tarde de principios del mes de Marzo, Rafael al verla aparecer atravesando las mesas del Sanborn's del palacio de los Azulejos constató una vez más en una sola mirada aquella belleza maravillosa en la que un cuerpo de estatua, atesoraba como en un joyel de carne: la suavidad sedosa de los senos erectos, las caderas prominentes que acentuaban la redondez perfecta de las nalgas, la marmórea blancura de las bien torneadas piernas envueltas en la elegante transparencia de las medias, proclamando un derroche de la adorable feminidad alojada en las discretas líneas del vientre y hasta en los misterios de una nuca adorable hecha para acaparar besos y secretos oculta bajo la sedosa cabellera.

Su entrada propició el asombro de los distraídos clientes a quienes seguramente no debió pasar desapercibida la elegancia del vestido, el discreto maquillaje, la gracia del peinado y la innata hermosura que se desprendía de aquel rostro que sin duda hubiera codiciado el Perugino para plasmarlo en sus lienzos; verla despertaba la inevitable envidia de las mujeres y la codicia de los caballeros.

Apenas la divisó Rafael fue a su encuentro, su satisfactoria sonrisa delataba al hombre feliz dispuesto a gozar de aquella primera cita a la que la joven asistía con puntualidad. Atento pero no atrevido, se abstuvo de poner en la mejilla de la joven el beso que denunciara una confianza aún no ganada, pero en cambio con refinada devoción optó por depositarlo en la mano de la chica; el industrial que pese a su treintena de años aún podrá llamarse joven, rebasaba un contento que se alojaba en sus miradas, y en el amable tono de su voz con que daba las gracias con galante cortesía por la promesa cumplida y el grato placer concedido, Gina por su parte se sintió desconcertada con el inusual besamanos, riéndose en su interior de las cortesanas zalemas de su adorador, tan distantes de la desaliñada informalidad de sus amigos quienes se habrían reído de esas caravanas según ellos acarreadas del medioevo, pero educada y halagada por la consideración de que era objeto, sonrió, mientras escuchaba las palabras de sincera gratitud con las su galán agradecía su asistencia.

-Me hace usted feliz señorita Gina y no me queda la menor duda de que conocerla ha sido uno de los más gratos acontecimientos que han ocurrido en la vida.-
-¡Por Dios licenciado exagera usted! Pero estimo su calurosa bienvenida.

-No me atrevería a mentir --insistió el muchacho- ¿Pero dígame por favor en donde podría encontrar un hombre la felicidad sino es en una mujer? Por más que nuestro encuentro de hoy seguramente irá a ser breve

-Pero que a usted lo hace sentirse satisfecho ¿No es así?

-Y hasta tan dichoso que puedo asegurarle que pocas veces me he sentido tan contento. -
¿Y entonces porque no nos tuteamos?

Rafael pareció desconcertarse al principio con la propuesta, que le permitía pasar con facilidad del usted ceremonioso y convencional al tú de los amantes y de los amigos.

¿Pues que más podría desear? –respondió al punto

La mesera interrumpió el diálogo solicitando a la pareja disponer lo que quisieran ordenar.

-¿Qué apetece?

-Sólo café... ¿Y tú que vas a pedir?

Rafael gozando con el *tu* solicitó lo mismo, pero con discreta amabilidad sugirió acompañarlo con un pastel, a lo que Gina respondió

-Me gustan los pasteles, pero más me gusta no engordar.

-¡Gina, si tienes un cuerpo perfecto!

-Es el precio del hambre –respondió divertida la muchacha- pero me gusta escucharlo de ti, que por lo visto también te conservas en forma.

-Y eso que paso muchas horas frente al escritorio y hago poco ejercicio.

-Yo a mi vez también paso muchas horas sentada, incluyendo las reglamentarias de clase y luego las que empleo en estudiar y leer, pero procuro ir a nadar por lo menos una vez a la semana.

-¿Te gusta nadar?

-Me hace sentir ligera y me parece que es el ejercicio más completo y saludable.

-Entonces me permitirás que te invite al club de golf del que es miembro Daniel, y está situado más allá de ciudad satélite

-Un domingo podré aceptarte la invitación, es el único día de que dispongo para reunirme con mis amigos

-¿Tienes muchos amigos?

-¡Claro! Aunque algunos sólo son buenos camaradas de la escuela ¿Y tú? Aparte de tus clientes y gente de negocios...

-Bueno, reconozco que trato a mucha gente, tanta que me cuesta trabajo ubicar nombres y rostros, pero amigos, sólo Daniel, con quién todavía de vez en cuando nos vamos a jugar boliche, como cuando éramos jóvenes...

-Ya lo ves, trabajar o estudiar, nos impiden a veces hacer lo que nos gustaría; y a propósito aquí tienes el artículo, espero que hallarás tiempo para leerlo y para darme tu opinión... si lo encuentras demasiado largo tendré que hacer algunos cortes.

Rafael tomó las cuartillas y empezó a leerlas pero Gina le advirtió

-Tú café se está enfriando

-No importa. Me interesa lo tuyo.

-Te lo he traído para que lo leas con toda calma.

-Lo haré hoy mismo

-No corre tanta prisa, pienso que debes tener tantas importantes que hacer...

-Gina, esto es lo más prioritario, porque de pronto tú te has convertido en algo muy importante para mí.

-Pero si ni siquiera me conoces...

-Ya nos iremos conociendo, si tú lo permites naturalmente., pero desde ahora presiento que vas a convertirte en lo más importante de mi vida.

-Rafael, es aún demasiado pronto para suponerlo

-¿Para decirte que estoy enamorado, que me gustas, que anhelo ser un bien para tu vida, como tú lo serás en la mía?

-Me gusta oír tus palabras, -convino la joven- pero tal vez cuando me conozcas pensarás de otra manera. Ahora toma tu café que ya debe estar frío... y espera todo llega a su tiempo si tiene que pasar...

-8-

El amor es una droga que puede volvernos demasiado dependientes de la persona amada; nadie por supuesto se atrevería a afirmar que fuera dañino, porque es el generador de la vida, y la más valiosa de las emociones humanas, lo único por lo que vale la pena existir; pero paradójicamente el sentimiento que nos puede llevar a sufrir intensamente y si es motivo de los más encumbrados heroísmos, también es causa de los más graves errores.

Después de amar ya no somos los mismos, porque el amor es también el supremo transformador de nuestras vidas.

Amar y ser amados ha sido la más arraigada obsesión humana, desde los comienzos de la humanidad hasta nuestros días en todos los confines de la tierra.

Pero el amor humano, como todo cuanto viene del hombre es imperfecto, aunque no obstante si en algo pudiésemos parecernos a Dios sería precisamente en nuestra misión de amar, es decir, de renunciar a nuestro tiránico egoísmo, de sufrir, de realizar las proezas de las que no nos creíamos capaces o de sucumbir a las cobardías, debilidades y flaquezas más abruptas con tal de conseguirlo, de gozarlo y de retenerlo.

El amor es la potencia del universo, y la fuerza alojada en cada uno de nosotros; es el único vencedor de la muerte y sin haber amado no podemos decir que hemos vivido; por más que resulte demasiado fácil confundir el amor con el deseo sexual, la reina Margot, hija menor de Catalina de Medicis afirmaba *que si quieres dejar de amar basta con poseer la cosa amada*, evidentemente se refería a esa caricatura del amor alimentada por el deseo carnal, es decir del amor que se gasta, que aburre y hastía, el verdadero amor trasciende más allá del tiempo y la distancia y aún supera a la misma muerte.

No son muchos los amores que dejan una huella profunda en nuestras vidas ¿Es que acaso amamos realmente una sola ocasión o muy pocas veces, y lo demás son aventuras, aproximaciones vencidas por las circunstancias, de las que acaso conservamos un vago recuerdo?

Rafael Cuellar nunca se había enamorado, su vida y su tiempo los había invertido en una realización material, donde las aventuras fáciles que habían ocupado las escasas horas que su actividad le dejaba libres, se fueron diluyendo como se apagan las luces de los fuegos pirotécnicos tragadas por la poderosa oscuridad de la noche. Si sintió el deseo, el capricho saciado lo apagó, como afirmaba la soberana, y continuó su vida vacía de ilusiones, a la espera de una hora que se había retardado y de una mujer que él mismo dudaba que pudiera existir y que se había quedado en un ideal inalcanzable que él se creía merecedor de conseguir, de pronto el escurridizo anhelo se apareció y Rafael se enamoró como un niño, porque en el fondo continuaba siéndolo; había salido de la universidad donde las obligaciones ni siquiera le dieron tiempo de cultivar amigos o frecuentar más íntimamente a sus condiscípulas, y luego se encerró en la factoría donde su entrega, perseverancia y capacidad cosecharon prontamente frutos, que no sólo engrosaron las cuentas bancarias, sino que generaron primero el reconocimiento de su padre, de Daniel, su único amigo y sucesivamente de cuantos le rodeaban quienes envidiaban su talento y su perseverancia. A los treinta años había cosechado lo que regularmente se obtiene después de seis décadas. Rafael se habituó al aplauso, a la admiración, al respeto incluso de personas mayores que reconocían con su tenacidad, un organismo fuerte, que bien alimentado y sin vicios, resistía asistir a una

junta a la media noche, animado y sonriente, cuando sus colaboradores bostezaban anhelando ya no digamos la cena sino la cama y el reposo, y a la mañana siguiente se presentaba poseído del mismo entusiasmo inagotable, y sólo de vez en cuando, escuchando las recomendaciones de Laura, recordaba la necesidad de tener una mujer que le amara y hasta de un hijo que lo heredara, en una palabra alguien que sustituyera a su madre cuya viudez, años y achaques la empujaban suavemente al perenne descanso de la tumba.

En ese momento apareció Gina: hermosa, dinámica, alegre, ansiosa de vivir y de gozar y al ver logrado su sueño, incrédulo pero fascinado, se enamoró de ella, desplegando todos sus recursos de hombre educado, decidido a ganarse la voluntad y el cariño de la joven que sorprendida por haberse topado con un hombre demasiado serio, contrastaba con la alegre informalidad de los muchachos que ella solía frecuentar. Al fin mujer, se sintió halagada de ser objeto de las finas atenciones de su pretendiente, cuidadoso de cada detalle, reflexivo antes de pronunciar una palabra, demasiado delicado para una muchacha de un tiempo en el que semejantes sutilezas se habían olvidado, pero que en cambio parecía estar siempre dispuesto a complacerla, a ganar su simpatía y su voluntad y a convertirla, si ella lo aceptaba, en la esposa que toda mujer sueña llegar a ser...sólo que en su caso, después de haber vivido y de haber gozado plenamente.

-9

En el desierto restaurante de la colonia Polanco en esas horas imprecisas entre el atardecer y la noche Gina escuchó la balbuciente declaración de amor de su pretendiente quién le solicitaba además un noviazgo, amable pedimento dicho con la delicadeza con que muchas mujeres sensibles, anhelan ser tratadas y que conllevaba una mezcla de ruego, respeto y por supuesto el manifiesto deseo de hacerla feliz. De pronto las palabras que sonaban sinceras parecieron convencerla, el hombre que solicitaba su amor no era ni mucho menos un viejo o un adefesio, un pobre diablo o un ignorante, al contrario se trataba de un muchacho maduro, apuesto, impecablemente vestido, poseedor de un sólido patrimonio y sobre todo bien intencionado, limpio, y dispuesto a entregar el corazón y a convertir a la inquieta joven en la mujer realizada que aspiraba conocer el mundo, tras la cacería de la escandalosa nota periodística, convirtiéndola en la reportera respetada que envidiaran hasta sus propias amigas, muchas de las cuales hasta solían deslumbrarse por el lujo barato de algún restaurante de la zona hotelera o por el atractivo local de alguna discoteca recién abierta que cobraba elevados precios en el consumo de las bebidas adulteradas, en la compañía de algún muchachillo desgarbado sin oficio ni beneficio quién seguramente había debido sustraer de los bolsillos de los padres algunos pesos para sufragar el raquíico consumo y quién a no dudarlo había debido rogar al papá que consintiera en prestarle el auto al que de seguro habría de agotar la gasolina, de la misma especie resultaban los estudiantes de alguna carrera, eternamente sin recursos, los empleados de los bancos muy prendidos pero limitados de dinero y los profesionistas fracasados que sin buena preparación o relaciones declinaban el ejercicio de la carrera para emplearse donde podían y quienes llegaban hasta al extremo de convertirse en despistados taxista., enfundando las piernas en los consabidos blue jeans sucios y raídos y quienes a falta de una vestimenta decorosa exhibían algún tatuaje que llamara la atención o una chamarra dizque deportiva adornada con un prominente anuncio o letrero .

Gina era en el fondo, demasiado frívola y de pronto, al recibir tan cálido homenaje a su feminidad, sintió miedo de comprometerse y le solicitó a Rafael que le permitiera pensarlo unos días.

-Apenas nos conocemos –argumentó disculpándose

-Los suficientes para decirte que te amo -declaró Rafael.

-Lo se y te lo agradezco, pero me gustaría continuar tratándonos un tiempo como unos buenos amigos.

-Ya lo somos –reconoció Rafael- y espero que seguiremos siéndolo para siempre. Papá fue el mejor amigo de mi madre por más de treinta años.

-Y también mi padre lo es de mamá, imagínate que duraron cinco años de novios, claro que en esos tiempos y en una pequeña ciudad del estado de Guanajuato era diferente...

-El verdadero amor nunca es diferente, y yo te amo.

-Entonces si me amas dame tiempo –pidió la muchacha- el noviazgo tiene por objeto el matrimonio y yo ni siquiera he pensado en casarme, pues desearía ante todo terminar mi carrera, viajar, conocer el mundo, ver en la primera plana de un periódico importante publicada una nota redactada por mí en grandes caracteres.

-Todo ello lo tendrás –prometió Rafael- viajaremos juntos, pues nada nos impedirá ver el mundo por el que yo también siento una enorme curiosidad y en cuanto a desarrollarte en tu profesión, más que impedírtelo habré de apoyarte...no deseo ser un obstáculo en tu vida y truncar tus ilusiones, sino por el contrario un colaborador para realizarlas.

Ella apretó el brazo de Rafael con un gesto que denotaba agradecimiento.

-¡Qué bueno eres! –Reconoció- y yo a mi vez te prometo, que si llegamos a consumir eso que pretendes, haré otro tanto...pero para ello es preciso asegurarme de que deseo lo mismo que tú.

-Convengo que no estás enamorada –replicó Rafael con un dejo de disimulada tristeza.

-¿Y cómo lo sabes? –replicó ella- ¿Quién puede percatarse realmente de los pensamientos y del corazón de una mujer?

Entonces...- murmuró Rafael sin ocultar la satisfacción.

-Porque siento en verdad simpatía por ti, no quisiera fallarte. No veo lejos el día en que ambos estemos dispuestos a amarnos y a planear juntos la vida, sólo te pido un poco de tiempo, mientras tanto seguiremos saliendo y conociéndonos mejor, tratando de aceptarnos tal y como somos, no quisiera que tu imaginación me idealice demasiado, sino que me veas tal y como soy y no como tu quisieras que fuera. El domingo iremos a nadar como me lo has propuesto, ya encontraré tiempo para vernos más seguido, me llevarás de excursión alguna vez, me gusta el campo, pisar la hierba y caminar bajo los árboles escuchando el canto de algún pájaro, ya habrá tiempo para todo lo demás, porque aún sigo siendo una muchacha demasiado curiosa y todavía inmadura.

Rafael aceptó el pacto. No tenía otra alternativa y aunque motivado por las halagadoras propuestas sintió que lo invadía una irreprimible amargura, en el fondo sospechaba que Gina no lo amaba, aunque ello no quería decir que no tuviese buena voluntad para llegar a quererlo y entonces...todo era cuestión de tiempo, de esperar pacientemente, como se aguarda que el fruto verde del árbol madure y se convierta en una sabrosa gota de miel, y solicitando la cuenta del consumo volvió a enfilar su auto hacia el centro de la ciudad entre los guiños de las luces de los semáforos y de los anuncios luminosos, tratando de ubicar la prodigiosa luz de una esperanza, Gina adivinó su tristeza y colocó suavemente la mano sobre su pierna y luego, como buscando alegrarlo, empezó canturrear la pegajosa melodía que transmitía una estación de radio.

Media hora después se despedían a veinte pasos de la casa del señor Fernández.

-No hay que fundar el futuro y la fortuna en el querer de una mujer –opinó Laura- un matrimonio sin amor traerá siempre consigo el aburrimiento, el hastío y en ocasiones hasta la indiferencia y aún el odio. Por lo mismo me parece una actitud sensata la de tu pretendida, que desea estar bien segura de lo que quiere y además de que lo que tú le has propuesto es lo que más les conviene a los dos.

-Suele ocurrir –opinó Daniel- que en una pareja, hay uno que ama y otro que simplemente se deja querer.

-Por suerte en el nuestro no ocurre así –aclaró Laura, clavando una tierna mirada en su marido- el amor compadre, no debe ser como una flor de invernadero que se admira mientras está en los viveros, pero que se marchita o se hace pedazos cuando la retiras de ese lugar; todo lo contrario, el verdadero amor no debe convertir a la pareja en amo y esclavo, sino en una comunión donde ninguno de los dos sea más que el otro, y donde el verse todos los días lejos de ser una rutina que aburre, se convierta en una necesidad y en un placer, entonces el cansancio debe ser de felicidad...

-Tiene razón Laura –intervino Daniel- un buen matrimonio implica que el amor sin fronteras se de sin pedirlo.

-Entonces ¿Me están sugiriendo que no debo insistir?

-No compadre –insistió Laura- una mujer perspicaz sabe demasiado que sólo negándose perpetúa la devoción de su enamorado...

El domingo siguiente mientras Rafael contemplaba arrobado el cuerpo de sirena de su amada envuelta en una toalla y escurriendo agua, se olvidó de los consejos de sus buenos amigos y mientras ella se iba colocando en los cabellos desordenados el puño de pasadores que apretaba entre los dientes, su pretendiente pensaba que entre las dichas de la pasión amorosa, una de ellas consistía en el halago de nuestra vanidad y en el orgullo que preside el hecho de conquistar la compañía, la atención y el afecto de una mujer hermosa que como Gina Fernández, iba despertando admiración por donde pisaba.

Por suerte para su enamorado la sirena cumplió lo ofrecido; ahora se veían con mayor frecuencia haciendo suyos los fines de semana que pasaban en los balnearios, y visitando los pueblitos aledaños donde no faltaban la iglesia, el mercadillo algún río medio seco, una caída de agua, o al menos un sembradío o una huerta, con los frutos a la vista.

Otras veces simplemente disfrutaban un almuerzo en un restaurante que servía comida al estilo de otros países, o el encuentro se reducía a asistir a una función de cine, o ir al teatro, y luego despedirse con un beso breve, porque la joven debía presentar un examen al día siguiente o terminar de preparar algún trabajo escolar.

Apenas publicado el reportaje Gina llevó a la escuela algunos ejemplares de la revista que había acogido su colaboración, cosechando elogios de maestros y alumnos, y por supuesto reservó un ejemplar para Rafael que la felicitó calurosamente,

-¡Esto debe ser debidamente festejado! –decretó besando el rostro y los cabellos de la muchacha que no se resistió.

-Mis tíos han decidido celebrarlo con una comida a la que estarás invitado.

-¿Luego están enterados de que salimos?

-Y también de que somos buenos amigos, lo cual no han objetado, y en cuanto a mis padres a quienes también les he hablado acerca de ti, me han respondido que quieren conocerte.

-Otro tanto mi madre –afirmó Rafael- y por supuesto mi comadre Laura la esposa de mi socio, total que tenemos varios compromisos, pero ante todo tú y yo debemos celebrar la publicación

-Me han otorgado cinco páginas –comentó Gina muy satisfecha- la que no es corriente.
-Razón de más para festejarlo.
-Ya me has felicitado repetidas veces.
-Sólo nos falta irnos a bailar.
-¡A bailar! –repitió Gina dando grititos de placer- ¿Me llevarás a bailar? -
-Todas las veces que tú quieras.
-¿Y a donde piensas que iremos?
-A las Vegas, a Paris, o por lo menos al Waldorf de Nueva York.
-¡Estás bromeando? ¿Supones que me dejarían? Tendré que conseguir que me permitan disponer de una noche hasta antes de la madrugada.
-Entonces deberé preguntarle a mi compadre que me instruya en algún buen lugar para divertirnos.
-Me gustaría ir a la Hacienda de los Morales.
-Pues allá iremos y si lo prefieres podemos cenar allí mismo y brindar muchas veces por la exitosa periodista...
-He repartido revistas por toda la escuela; y hasta algunos maestros me han felicitado.
-Entonces eso merece otro abrazo.
-Que dejaremos para el día del festejo.

Y el día, o más bien la noche llegó. Una semana antes Rafael había sido acogido amablemente a comer en la casa de los Fernández a quienes solicitó autorización para llevar a Gina a bailar el siguiente sábado.

Don Antonio guiñándole el ojo respondió.

--Concedida desde luego licenciado, aunque de esto prefiero no decir una sola palabra es mi hermana quién se empeña en seguir viendo a Gina como una colegiala.

A las diez de la noche Rafael se presentó en la mansión de los Fernández, portando un impecable smoking, el matrimonio lo recibió amablemente y él debió esperar casi media hora hasta que Gina apareció bajando la retorcida escalera que descendía al hall, ataviada con un precioso modelo blanco de noche, escotado por cuello y espalda y con falda de gran vuelo, la señora Fernández ofreció a su sobrina su estola de mink que lució como una verdadera princesa, ataviada con peinado alto, maquillaje profesional, zapatillas altas a tono con el bolso de mano y un exquisito perfume que desparramado con generosidad se esparcía tal si brotara de los poros de aquella piel sedosa, aromando todo el ambiente. Tal derroche de encantos acabó por trastornar al empresario,

-¡Luces preciosa! –exclamó, apenas estuvieron solos en el auto. Entonces recordó al tocarse accidentalmente el pecho que sobresalía un pequeño promontorio, era un estuche de terciopelo que contenía un collar de brillantes que relampaguearon en la oscuridad.

-Esto es un pequeño recuerdo por el triunfo que has obtenido.

Gina abrió el estuche y al ver la joya no pudo evitar un gritito de alegría.

-¡Es precioso! –exclamó extrayéndolo del estuche y repitió entusiasmada- ¡Precioso! –y acariciando la joya añadió- por favor, ayúdame a ponérmelo.

Rafael accedió y ella al instante buscó un pequeño espejito que extrajo del bolso y al contemplar la joya que no cesaba de alabar y acariciar, en uno de esos impulsos irrefrenables de alegría, que conllevaba un entusiasmo de chiquilla tomó el rostro de Rafael y le plantó sobre los labios un largo beso, mientras él rodeándole delicadamente del talle murmuraba quedamente:

-Te amo Gina, te amo...

Y a la tercera copa de champaña Gina y Rafael que al fin formalizaron su noviazgo bailaban muy pegados un blues con el que los músicos del reducido conjunto intentaban

complacer a la clientela, que no tardaría en mostrarse pródiga y complacida dejándoles una espléndida propina.

-12-

A partir de esa noche la cabeza de Rafael pareció poblarse de maravillas, aquellos labios suaves y frescos pegados a los suyos, la boca sonriente que guardaba la lengua juguetona y la perfecta simetría de la dentadura lo seducían sumergiéndolo en una felicidad desconocida, y cuando al fin lograba contenerse y detener aquel manantial de besos, su pecho extrañaba el contacto de aquel cuerpo tibio cuya proximidad le despertaba otro alud incontenible de voluptuosidades deliciosas, entonces la volvía a estrechar una y cien veces provocando un torbellino de caricias que siempre caballeroso jamás excedía los límites del respeto que frenaba la pasión encendida. Nunca sus manos rebasaron la cintura, ni se atrevieron a acariciar la suave dureza de los senos, reservando esa exquisita intimidad para cuando aquel derroche de mujer fuera suya y le perteneciera íntegramente ante Dios, la ley y la sociedad.

Entonces, después de cada candente encuentro Rafael presa de ardientes inquietudes tornaba a dar vueltas sobre su lecho de soltero sin poder conciliar el sueño, imaginando aquella carne desnuda, recreándose en aquellos encantos hoy vedados por la seda, sumergiéndose en el ensueño de acariciar aquella piel alabastrina intensamente perfumada que anidaba los golosos misterios del placer más recónditos cuanto más prohibidos.

Por su parte, Gina tampoco rebasaba esa línea en la que el fuego ardía sin llegar a quemar, aunque el saberse amada e intensamente deseada turbara unos minutos sus sentidos y que después de recibir un torrente de besos, la predisponía a un sueño tranquilo que llegaba luego de disfrutar las delicias del baño tibio, con el que solía regalarse antes de meterse en el lecho

Ciertamente Rafael comenzaba a gustarle pero no la enloquecía, había empezado a quererlo pero no a amarlo, se había acostumbrado a su compañía, pero si un viaje repentino del empresario o la impostergable consulta de ella con su asesor de tesis le impedían verlo, no lo echaba demasiado de menos; entonces ella se esforzaba por explicarse en su intimidad cual podría ser la causa de que el apasionado enamorado no consiguiera contagiar sus sentidos más allá de un límite que ni aún con toda su predispuesta voluntad conseguía rebasar, y al fin mujer, repasaba el físico de su pretendiente, sus palabras y su forma de vestir, explorando con minucia su personalidad, desde su peinado, hasta su manera de tomar los cubiertos, encontrando que su conducta no solamente era acertada sino irreprochable; luego, después de un frío análisis convenía que era tal vez esa perfección en los modales, ese comportamiento discreto, elegante, respetuoso y refinado que tanto ponderaba su tía Concha y elogiaba su condiscípula Irene, era lo que habían llegado a chocarle, y disculpándose convenía en que a pesar de su educación era en el fondo una criatura caprichosa, incapaz de apreciar tales cualidades.

No obstante cuando pasaban más de cinco o seis días sin hablarse, ni siquiera por teléfono, Gina empezaba a notar que algo le faltaba y pasaba las horas inquieta recordando el último encuentro o preguntándose a donde irían el siguiente fin de semana, en esos momentos se juraba que había empezado a amarlo, que no podía estar tranquila sin él y que le hacían falta sus caricias, sus palabras y hasta la envidia de sus amigas, que veían en el galán, aunque no precisamente primaveral, un soltero apetecible y un hombre de éxito, con las posibilidades de satisfacer los más caros antojos femeninos, sin contar que era un hombre educado, y contaba además con el poder que

confieren el dinero, las excelentes relaciones y quién además era dueño de un irreprochable buen gusto.

Lejos de esos altibajos que alternan en toda relación amorosa, aquellos meses de noviazgo fueron vividos a plenitud por la pareja. Rafael coleccionó sonrisas y Gina ramilletes de flores exóticas, juguetes de peluche, frascos de perfumes caros, porcelanas de Sevres, joyas y hasta algunos libros que el galán suponía que podían llegar a interesarle incluyendo el disco de algún cantante de moda, que la pareja ansiosa de diversiones iba a aplaudir al Auditorio Nacional previa adquisición de boletos comprados en la reventa a precios exorbitantes, y para rubricar aquel alud imparable de regalos, un verdadero almacén de cajas de chocolates de todos sabores y en todas sus presentaciones, que lucían como verdaderas trampas para hacer más tentadora a la tentación; poniendo como corolario de aquel regalar sin freno, las más halagadoras promesas: que hablaban de viajes, cruceros, diversiones, y planes para disfrutar un hogar amplio, soleado, cómodo y hasta lujoso, que se convirtiera en el estuche que guardara a la más preciada de las joyas, la cual viviría como la princesa de un cuento de hadas, servida, mimada, adorada con veneración y cuidada con el esmero que prodiga a una flor rara, un naturalista encantado y encantador quién habría de improvisar en cada noche al pie del palaciego ventanal de la sultana, la eterna romanza demandante de amor; entonces Gina se preguntaba si aquel futuro paradisíaco no resultaría a la larga aburrido, y si tanta miel no terminaría por hastiarla, como a la princesa del cuento de Cri-Cri, cuya pegajosa tonada que escuchó muchas veces en su infancia todavía recordaba: *Era un rey de chocolate con nariz de cacahuete...la princesa caramelo no quería vivir con él, porque en lugar de cabello, le brotaba pura miel....*

-13-

Nietzsche decía que la mujer era la inteligencia y el hombre la sensualidad y la pasión; y su premisa se hizo realidad en la pareja.

Gina convenció a su enamorado de que era conveniente esperar un tiempo más, no sólo para conocerse mejor sino para divertirse, Rafael defendió sus deseos de casarse pronto argumentando que la vida de matrimonio, que él proyectaba equivaldría a prolongar indefinidamente aquel noviazgo, entonces dueña ella de su independencia se libraría de la tutela que implicaba ser una hija de familia sujeta a restricciones, horarios y normas que les impedía hacer un viaje que se prolongara más allá de las horas de un día.

A tal respuesta la joven opuso un motivo de mayor importancia: deseaba terminar su carrera, titularse, y trabajar en algún periódico u otro medio de comunicación, que bien podría ser una radiodifusora o hasta un canal televisivo, la carrera había terminado por agrardarle y la práctica profesional era el objetivo. Rafael deseoso de darle gusto y asumiendo que era un hombre moderno y convencido de que las mujeres tenían el mismo derecho de los varones para realizarse, no sólo convino en aguardar el anhelado día de la titulación, sino que le ofreció su apoyo para que a través de sus múltiples relaciones la joven encontrara un buen acomodo, sin que el hecho de que ella laborara en su profesión fuera un impedimento para concertar su proyectada unión.

Esta vez Gina tuvo que admitir que Rafael realmente la quería y una ola de gratitud sintió que se le desbordaba hacia él.

-No me cabe la menor duda de que es un buen hombre -le dijo a Irene a quién había convertido en confidente.

Gina cursaba el último semestre de la carrera y sin duda alguna era una de las más aventajadas estudiantes, pues poseía intuición, capacidad de análisis, un aceptable conocimiento del idioma con el vocabulario concreto y objetivo que requiere el periodista y cierta psicología para anticiparse al comportamiento de los políticos, futboleros y personajes famosos; cuyas vidas llenan los periódicos; su innata curiosidad la volvía buscadora de los motivos que mueven las acciones humanas, una cultura más bien libresca le permitía estar enterada de la geografía política del planeta, y el conocimiento del inglés y del francés, posibilitaban que pudiera acercarse a los hombres de otras culturas. Semejantes aptitudes no podían pasar desapercibidas para algunos de sus profesores, uno de los cuales, el Profesor Gutiérrez editorialista con amplia experiencia le prometió recomendarla en el diario en que él colaboraba; todo ello aumentó su entusiasmo a veces menguado al suponer las insuperables dificultades que significaba ingresar en un medio competido, difícil y elitista.

Llegado el tiempo de los exámenes finales, Gina procuró concentrarse en su preparación y convino con su novio espaciar sus entrevistas que debieron volverse más breves. Y Rafael concedió con ilimitada generosidad lo que más le costaba dar, las dulces horas que pasaba al lado de su novia. La última semana anterior a la de los exámenes apenas cruzaron una breve llamada telefónica, luego vinieron los tiempos difíciles en que una intentaba por todos los medios retener los conocimientos adquiridos y el otro se sumergía en el trabajo.

Terminados aquellos días de ausencia, Gina y Rafael retornaron orgullosos y satisfechos a sus encuentros habituales, la confianza que Rafael había depositado en ella, había rendido óptimos frutos y los resultados de los exámenes se volvían una placentera comprobación de que el empresario había influido positivamente en la joven que resultó no sólo aprobada por unanimidad sino además felicitada calurosamente por los sinodales, el director, los maestros y hasta por sus mismos compañeros que debieron reconocer su facilidad de palabra y sus documentadas y categóricas respuestas a cuanto se le preguntó. Libre de tensiones, colmada de cumplidos, buenos deseos y predicciones de triunfo, Gina se presentó una mañana en el despacho de su novio para venderle un boleto para el baile de graduación que la directiva de la escuela y la sociedad de alumnos habían organizado en uno de esos salones de fiestas donde se baila, se cena y se bebe, al compás de alguna orquesta de moda.

A tan fausto acontecimiento asistieron los Fernández acompañados en esta ocasión por los padres de Gina que resultaron ser unos provincianos alegres que apreciaron de inmediato las cualidades del pretendiente de su hija, corroborando cuanto les habían informado.

Gina bailó la primer pieza con su novio que enfundado en su elegante smoking lucía su mejor sonrisa, pero el incomparable éxito social de la muchacha rodeada de sus compañeros, amigos y admiradores, privó al empresario de continuar disfrutando la compañía de su adorada; al fin, Gina retornó a sus brazos y ambos felices lucieron como la mejor pareja de la noche, recibiendo abrazos, y buenos deseos de gran parte de la concurrencia; la simpatía de Rafael ganó la buena voluntad de los estudiantes y recién graduados que terminaron ofreciéndole su amistad, lo que motivó que el señor Fernández dijera su hermana por lo bajo:

-El muchacho es un triunfador

El profesor Gutiérrez cumplió lo ofrecido y Gina obtuvo una columna en el matutino en la que trataría sobre modas, arte, sociedad, entrevistas a personalidades y de cuánto considerara pudiera acaparar el interés de los lectores. Como iniciación

profesional, le pareció una excelente oportunidad y ni tarda ni perezosa empezó a firmar sus primeros trabajos sobre temas bien elegidos y con una amena redacción.

Rafael entusiasmado y orgulloso leía muy de mañana en su despacho, el diario donde el amor de sus sueños vertía entre frases amables, interesantes recomendaciones. Una vez que era dueña de un título y disponía de una modesta colocación, la jaula se fue abriendo, y los señores Fernández se encargaron de convencer a los padres de la joven, que ahora sí, por derecho propio era la dueña absoluta de su vida y de su destino. De pronto Gina planeó vivir en un departamento compartido con Irene quién habría de recibirse el año siguiente, pero se cruzaron los maravillosos planes matrimoniales de Rafael que ella terminó por aceptar y compartir.

Entonces como toda pareja que se precie de construir un futuro, comenzaron a pensar en como sería su futuro hogar. Al principio Rafael propuso adquirir una propiedad asentada en alguna zona tranquila de la ciudad y los fines de semana los dedicaron a visitar los inmuebles en venta, pero conforme los examinaban surgían las objeciones que presuponían, tirar buena parte de la construcción para levantar una nueva, así que después de afinar un plan decidieron que lo mejor sería levantar una casa a su gusto, lo que significaba conseguir un terreno capaz de albergar lo que iba a convertirse en una mansión.

Don Antonio Fernández verdaderamente deslumbrado por el estupendo porvenir que aguardaba a su sobrina les presentó a un reputado arquitecto que no sólo les ayudó a conseguir el pretendido espacio al sur de la ciudad, sino que pronto les presentó planos, que una vez aprobados, sin dilación alguna se pusieron en marcha, Gina, quién era una mujer práctica pensaba en un domicilio confortable, pero Rafael deseoso de que las amistades que se irían ampliando, admiraran a la inteligente periodista, insistía en una residencia espaciosa y elegante donde su adorada esposa brillara como una estrella cuyos encantos congregarían a lo más selecto de la sociedad.

Los novios tomados de la mano, como dos pájaros que revolotean alrededor de un árbol copudo donde harán su nido, asistían dos y hasta tres veces por semana para cerciorarse de los avances de la obra, se trataba de una casa de tres pisos, rodeada de un jardín que presidiría una fuente de cantera, y una alberca, La planta baja contendría un amplio garage, un hall espacioso, la sala de recibo, un despacho, el comedor principal con su respectivo desayunador, un baño, amplia cocina y despensa, cuarto de lavado y las habitaciones de la servidumbre, todo ello engalanado con una lujosa escalera de mármol que conduciría a las habitaciones de la planta alta a las que se añadirían baños y vestidores. En suma se trataba de un verdadero palacio, amplio, moderno, funcional donde los finos acabados incluirían maderas preciosas, mármoles, y tapices. Pronto unos obreros instalaron con los relucientes muebles de baño, los cables de la instalación eléctrica, el aire acondicionado, la red telefónica, el gas, mientras otros se ocupaban de colocar el enjambre de lámparas y candiles que harían resplandecer la mansión como un crisol entre el azul de la noche.

Cuando se marcharon albañiles y plomeros, llegaron los barnizadores y carpinteros, colocadores de persianas, jardineros y decoradores cargando sus pesados muestrarios de telas para cortinas y alfombras. Después de que se hubo elegido el lujoso mobiliario, los Fernández se quedaron boquiabiertos al constatar aquel derroche no solamente de dinero sino de buen gusto, y elegancia.

Rafael consentido como el novio oficial de la periodista recibió los parabienes de la vasta parentela de Gina que se deshizo en cumplidos, invitaciones a almuerzos y cenas, donde se hacían votos y brindis por la felicidad de la pareja, que al fin determinó con la fecha del enlace, la numerosa lista de los invitados, el viaje de bodas y por supuesto del ajuar de la novia que habría de lucir como una princesa.

- ¡En las grandes celebraciones...chocolates REX, siempre presentes!
- ¡REX, la dulce compañía, para toda la vida!
- ¡Festéjelo con REX!...

El ejecutivo de cuenta de la agencia de publicidad leía con nerviosismo las propuestas de slogan para la campañas publicitaria de la chocolatera.

En la sala de juntas Rafael a la cabecera con Gina al lado derecho y Daniel a la izquierda presidían la junta a la que fueron convocados además el gerente de ventas, el de mercadotecnia, los supervisores de zona y Don Antonio Fernández incluyendo tres o cuatro de los principales distribuidores que opinaban al mismo tiempo, examinando propuestas y considerando enmendaduras y correcciones a los textos, dibujos, logotipos, y pensando cada quién acorde con su experiencia y conocimientos como influir en las preferencia del público, para que este consumiera a partir de la niñez y hasta su ancianidad los nutritivos chocolates que lo mismo se servían como alternativas en el desayuno que se presentaban incluidos en el yogurt, el sabroso atole, las malteadas, los postres, la pastelería; y en la nueva modalidad: los llamados complementos alimenticios recomendados por los médicos. Decididamente se pretendía hacer del chocolate un alimento cotidiano y por supuesto un medio de expresar afecto y amor.

Por fin después de escuchar encontradas opiniones se aprobó el slogan que sería repetido por millones de consumidores.

Entonces se pasó al segundo punto de la orden del día: la distribución del presupuesto asignado para publicidad.

Se escucharon opiniones acerca de desplegados en periódicos, anuncios en las revistas femeninas, spots en algunas radiodifusoras en las horas de mayor audiencia, y hasta concursos, premios o sorteos, canje de etiquetas para adquisición de productos, carteles que se colocarían en tiendas de autoservicio y puntos de venta y promociones en cines y supermercados por guapas edecanes. Se discutieron los pros y contras de cada estrategia, se habló de una única campaña a nivel nacional y de campañas locales en cada lugar de la república de acuerdo con la idiosincrasia y costumbre de cada región, volvieron a discutirse coberturas, tirajes y Gina que también expreso su opinión fue escuchada con deferente atención; al final después de una discusión que ya rebasaba el tiempo programado para la junta, se dejó oír la voz del ejecutivo de cuenta, quién preciso y contundente aconsejó insertar comerciales nada menos que en las telenovelas que transmitía el consorcio televisivo XYZ cuyo impacto e insuperable rating garantizaban el éxito de la publicidad, que lejos de ser un gasto, se convertía en una inversión que había de rendir óptimos dividendos. Telenovelas como “*La desvergonzada*”, “*Madre soltera*”, “*La moderna cenicienta*” y “*Los adúlteros*” habían rebasado todas las expectativas, pues si bien estaban dirigidas a las amas de casa, eran ellas precisamente quienes decidían la alimentación familiar y las principales consumidoras de los productos.

-Pero la carestía del medio, es decir la compra de *tiempo*, nos absorbería la totalidad de los recursos –advirtió Daniel.

-Licenciado –le respondió el ejecutivo- la publicidad no es cara o barata según su costo sino su rendimiento.

-A veces eso de los ratings falla, pues se inflan las cifras –objetó el gerente de ventas.

-Pues hagamos la prueba, ahora mismo –propuso el publicista- Preguntemos a las señoritas secretarias ó empacadoras, sino están al tanto de la telenovela que hoy acapara la femenina predilección: “*La engañadora*”

Ante tan apabullante respuesta Rafael accedió y se planeó la grabación de los comerciales de veinte segundos que la agencia propondría y que habrían de insertarse en la campaña.

-Después de todo eso es lo que gusta a la masa... -convino el empresario

-Y tienes razón –concedió Gina- hasta yo, que dispongo de poco tiempo para ver televisión, cuando he encontrado alguna serie que me interesa, he procurado no perderme ninguno de los capítulos.

Y terminó la junta con gran beneplácito de los concurrentes.

-16-

El señor Paolo de la Riva (Gregorio Sánchez Pérez) pertenecía al staff de actores que participaban en las telenovelas que transmitía regularmente XYZ Televisión Entretenimiento, el cual no era precisamente una compañía tan respetable como las que presentaban las inmortales joyas escénicas de Pirandello, Racine, Moliere, Ibsen, Benavente, Strinberg, Casona o Dicenta; pero que en cambio dramatizaban los intrincados guiones de doña Refugio Mendiola de los Cerezos, en el medio conocida como Doña Cuca, quién ostentaba ser la escritora de televisión que cobraba superiores dividendos de los que devengaban los letrados autores a quienes las editoriales regateaban desvergonzadamente las miserables regalías.

La fama del actor procedía sobre todo del numeroso auditorio femenino y la debía a su personalidad sustentada por una agradable presencia física. Tenía 1.78 de estatura, un cuerpo musculoso y bien proporcionado, los cabellos negros ligeramente ondulados, una tez morena con facciones impregnadas de masculinidad, unas manos anchas con dedos alargados que gustaba apretar cuando saludaba y que eran el remate de unos brazos nervudos en los que se detectaba la seguridad de la fuerza, la arrogancia del hombre, o más bien el empuje del macho. Lucía también una cintura flexible, ligereza en los pasos y una estudiada suavidad en los modales aprendida seguramente en la modesta academia donde recibió sus precarias clases de actuación, y que él había terminado por adoptar aún fuera de las cámaras, menguando así los residuos de la brusquedad habitual del deportista.

En su rostro perfectamente afeitado, se destacaban las patillas largas y las cejas pobladas, alojándose perpetuamente un aire entre sarcástico o burlón, que no se sabría definir si era de cínico, de indiferente, o de sujeto habituado a mentir descaradamente, seguro de que aunque se descubran sus engaños todo le será perdonado. Añádase una manera de sonreír que podría pasar por amable, aunque resbalara en falsa, y un ligero engolamiento de la voz, propio de los actores cuyo oficio es parecer importantes.

El galán de la tele se envolvía –justo es decirlo- con impecable elegancia vistiendo juvenil ropa sport de buena calidad, que lo hacía parecer más joven de lo que en realidad era, pues ya frisaba en los treinta años.

Tendía Paolo a parecer como un muchacho divertido, ansioso a su vez de divertirse, muy dado a imitar y ridiculizar todo cuanto podía ser objeto de burla o de sarcasmo, aunque aquella labia de ladino, llegaba en ocasiones a ser ofensiva, y acudía a la superficie como un resabio de rencor hacia la sociedad a la que reprochaba sus orígenes humildes, de los que sólo a fuerza de ambición, egoísmo y una dosis de inquebrantable voluntad, había logrado sobresalir, recurriendo a bajezas que intentaba olvidar, aunque sólo a través de ellas se había llegado a colocar en un sitio que según sus cálculos lo llevaría al cine y seguramente a Hollywood.

Paolo podía resultar un excelente compañero para desterrar el aburrimiento, pero no un amigo; un estupendo amante para algunas noches, pero nunca un prospecto para

otra cosa que oliera a compromiso, tal si esa insolvencia fuera una gracia y no un defecto.

En la televisión como en la vida real era el galán triunfador, exitoso con toda mujer que se le había puesto por delante, poseía la absoluta certidumbre de creerse irresistiblemente guapo, corroborada por los cientos de cartas que recibía todos los días procedentes de mujeres de edades, latitudes y condiciones distintas, pero que tenían el mismo común denominador, ser sus fervientes admiradoras y que vivían soñando con dormir en sus brazos y ser besadas, como lo eran las actrices, que sin ser precisamente Sarah Bernard o Eleonora Duce, arrancaban a su vez suspiros despertando ansias lascivas o ternuras insospechadas al numeroso auditorio que las veía cada tarde..

Aquella noche con motivo del cocktail que una de las empresas patrocinadoras de la próxima telenovela ofrecía, publicistas, director de la telenovela y actores fueron convocados a la chocolatera, a la vez de que previamente se había invitado a la prensa, cuyos miembros olfateando buenos tragos, chocolates finos al por mayor y tal vez algún extra no desdeñaron concurrir al ágape.

El señor De la Riva, apenas descendió de su auto (que aún debía) hizo su entrada triunfal en el emporio dulcero, cuyas empleadas y secretarias acudieron a solicitarle autógrafos y fotografías que él concedió generosamente, mientras los caballeros (obrereros y empleados) hacían otro tanto con las actrices María José, Lily, Domenica y con el director Germán Caballero... aunque de esto último el pintoresco homosexual no tuviera casi nada.

Apenas descansó del femenil acoso, Paolo plantado en mitad del hall admiró el mural y luego fue a posar la mirada en las vitrinas que exhibían la vasta línea de chocolates REX, por un momento, la vista del cristal le recordó los sucios vidrios de aquel mostrador con cubierta de hoja de lata que traslucían los humildes dulces de a veinte centavos que tanto hubiera agradecido su paladar de niño, entonces, impotente de adquirirlos pues nunca tenía una moneda en su bolsillo iba en busca de su padre a la cervecería o al billar próximo donde la voz agria del progenitor le gritaba: ¡No me estés molestando! ¡Te dije que no tengo!,

Entonces tornaba al cuchitril humillado, lloroso, a instalarse en aquel infierno donde a todas horas se oían gritos, palabras amenazantes, y se respiraba vicio y basura podrida, pero donde a veces también despuntaba la presencia piadosa de su madre extrayendo del bolsillo de su delantal alguna moneda que ponía en manos del chiquillo que corría a convertirla en golosina. ¡Y decir que esa madre, la suya, nunca había querido abandonar la barriada astrosa por más ruegos que él había empleado!

Ahora los tiempos eran otros; y he aquí que se hallaba invitado por el dueño de esos exhibidores repletos de chocolates de lujo; y que debía ser a no dudarlo uno de esos capitalistas explotadores que tenían dinero hasta para tirarlo en anuncios en el canal de la televisión del que él también obtenía algún beneficio.

-17-

Las palabras del señor Buendía, gerente de la agencia de publicidad lo sacaron de su momentánea distracción,

-Señor de la Riva tengo el gusto de presentar a usted a Don Rafael Cuellar, presidente del consejo de administración de la chocolatera Rex, nuestro patrocinador, a la señorita Gina Fernández su prometida, al señor licenciado Daniel Iturbide gerente general, el señor Rubén Padilla, gerente de ventas y a los funcionarios de la firma.

-Señores... -balbuceó De La Riva, que confuso no sabía si saludar primero a los empresarios y luego a la dama o viceversa.

Rafael se adelantó tendiéndole la mano.

-Bienvenido señor –y dirigiéndose al director caballero y a las actrices agregó- estamos muy contentos de recibirlos.

-Están en su casa –terció Daniel- esta es una empresa de mexicanos.

-Señorita... -dijo De La Riva midiendo con los ojos la belleza de Gina.

-Encantada señor –respondió ella correspondiendo a la penetrante mirada- es un placer que las estrellas nos visiten.

-Y para nosotros un gran honor el que nos hayan invitado –respondió el galán.

A partir de esa lacónica presentación se rompieron los hielos abundando las cortesías y las actrices lucieron sus mejores sonrisas saludándose de beso con Gina y hablándole de tu tal si se conocieran desde hacía mucho tiempo.

Pronto los meseros se acercaron para ofrecer los tragos y las cámaras fotográficas empezaron a funcionar.

-Un comercial con Paolo sería muy apropiado –declaró el ejecutivo de cuenta.

-Y otro más con la señorita Lily -sugirió el señor Padilla.

Lily amplió su sonrisa ante la propuesta,

-Por mi parte encantada, aunque les diré que siempre me escogen para anunciar trajes de baño

-A mí también me agradaría hacerlo -secundo De La Riva.

-Un muchacho ofreciendo una caja de chocolates REX al pie de una ventana florida –terció el maricón.

-Entonces señores publicistas ¡A trabajar! –insistió Padilla.

-Pero digamos salud señores, por todos esos proyectos y por las buenas intenciones. –dijo Rafael elevando su copa.

-Entonces ¿Me permitirán hacerles un reportaje? -preguntó Gina dirigiéndose a los actores, pero con los ojos fijos en Paolo.

-Mi sobrina es periodista –explicó Don Antonio Fernández quién hasta entonces había permanecido sonriente pero mudo.

-¡Ah, con que periodista! ¡Qué interesante! Pues por mi parte si desea entrevistarme, estoy a sus órdenes –asintió De La Riva.

Gina sacó un block y una pluma de su bolso de mano y con una seña a Paolo fueron a sentarse lejos de la concurrencia para cursar la entrevista.

Entonces el resto de los artistas y su director mezclados con los ejecutivos de la chocolatera departieron amablemente de cien tópicos al la vez, vaciando copas y subiendo de tono las voces, con una animación contagiosa. Se presentaron algunos reporteros que fueron prontamente atendidos por el Licenciado. Iturbide, en tanto que Rafael que se mostraba inquieto por la lejanía de Gina quién soltaba una carcajada tras otra por las ocurrencias del actorzuelo, fue llamado por su secretaria a su privado para contestar una llamada de larga distancia, que seguramente trataba de algún asunto urgente.

-18-

El asunto llevó a Rafael más tiempo del previsto, entre tanto algunos invitados habían empezado a retirarse despedidos por Daniel quién les daba cortésmente las gracias por su asistencia, al llegar al hall donde algunos reporteros departían pidiendo un jaibol tras otro, buscó con los ojos a su novia que no aparecía por ninguna parte, el señor Padilla con la consabida deferencia con que se dirigía a su jefe comentó:

-Mañana hablarán de nosotros todos los periódicos. Fue buena idea lo del cocktail para anunciar el despegue de la campaña.

-¿Buena idea?... quizás no tan buena -respondió Rafael

Entonces atravesó nerviosamente el hall buscando a Gina por todas partes, finalmente le pareció divisar su vestido al fondo del pasillo mal alumbrado que conducía a los servicios, se adelantó más y la vio abrazada del galancete de la televisión que no contento con llenarle de besos el rostro le apretaba un seno con la mano derecha. Rafael se posesionó de una rabia tal que se adelantó dispuesto a abofetear al mequetrefe y sacarlo a empujones, al mismo tiempo se apareció Daniel quién se enteró de la escena y al ver a su socio rojo de ira se apresuró a detenerlo tratando de evitar un escándalo, mientras le repetía desesperado: ¡Rafael contrólate, contrólate! En ese momento como si el piso se hubiera hundido o las piernas se hubieran negado a sostenerle, Rafael cayó al piso desvanecido; al notarlo los concurrentes que se hallaban cerca fueron inmediatamente a ver que pasaba y Daniel pálido como la cera se inclinó repitiendo: Rafael ¿Qué tienes? ¿Que te pasa? mientras le desabrochaba la corbata y el cuello de la camisa; el golpe había sido bastante fuerte, lastimándose el brazo que instintivamente metió para evitar la cabeza, su secretaria angustiadísima corrió presurosa al despacho, en busca de los papeles del seguro para solicitar con urgencia una ambulancia, mientras el contador le masajeaba enérgicamente el corazón, alguien fue en busca de agua para rociarle el rostro y una de las actrices buscó un poco de cognac con el que le embadurnó los labios de donde manaba un hilo de baba, un reportero aconsejó a gritos: ¡Un médico! ¡Hay que buscar un médico inmediatamente! A los pocos minutos Rafael pareció volver a respirar y fue abriendo un poco los ojos dando señas de que los signos vitales retornaban a su cuerpo, si bien continuaba intensamente pálido, Don Antonio Fernández opinó que lo mejor era no moverlo de allí hasta que se presentaran los de la ambulancia o el médico que estaban buscando, en medio de aquella confusión Gina y el señor De La Riva se acercaron cautelosamente. La muchacha intuyó al instante que había sido sorprendida y agravando la miseria de su femenina naturaleza se concretó a sobarse los dedos de las manos delatando su nerviosismo y sin atreverse a decir una sola palabra, Paolo por su parte asistía mudo a la escena a unos pasos de distancia. Gina intentó preguntar ¿Qué tiene? Pero la voz se le quedó en la garganta. Pocos minutos después se escuchó la sirena de la ambulancia que se acercaba y al punto aparecieron dos paramédicos quienes se inclinaron de inmediato a tomar el pulso y verificar la presión arterial del enfermo, que respiraba levemente y con visible esfuerzo, uno de ellos le abrió los ojos y el otro aplicó el oído al corazón, hablaron unas palabras y el de mayor edad decretó:

-¡Es preciso trasladarlo al hospital donde debe ser atendido por los doctores quienes seguramente lo pondrán en terapia intensiva.

Daniel autorizó el traslado y Don Antonio Fernández preguntó a que hospital lo llevarían, los paramédicos contestaron nerviosamente a sus preguntas y fueron velozmente por una parihuela donde colocaron al paciente con excesivo cuidado, introduciéndolo en la ambulancia que partió al momento.

Los invitados impresionados por el inesperado incidente empezaron a buscar la puerta de salida y Daniel que debió entrar a su oficina por algún documento salió rápidamente en busca de su auto entremetido en el enjambre de automóviles de los visitantes y que el encargado del estacionamiento procuraba despejar

En medio de las prisas y del caos De la Riva se acercó para preguntar estúpidamente

-¿Qué ha pasado?...

Daniel lo alcanzó a escuchar y sin poder dominar la ira le gritó

-Ha pasado que ya se larga usted de aquí.

De La Riva palideció sin atreverse a replicar y buscó con los ojos la puerta de salida.

-Pero... -alcanzó a balbucir

Daniel gritó más fuerte:

-¡Qué se largue he dicho!

Gina tartamudeó nerviosa:

-No nos dimos cuenta de nada... lo estaba entrevistando

Daniel quién estaba urgido de entrar a su auto se volvió hacia ella y le escupió las palabras:

-Pues vete a terminar la entrevista a un hotel ¡Zorra!

-Y partió a toda prisa

Gina con los ojos agrandados preguntó

-¿Cómo me ha dicho?

Pero Daniel ni siquiera alcanzó a escucharla

De la Riva que había empezado a desfilar hacia la puerta, seguramente temeroso de recibir una tunda o hasta algo peor, pidió su auto y se quedó esperando.

Gina nerviosa con las manos sobre el rostro, llorosa y sollozando pensó en acogerse a su tío quién seguramente se aprestaría también para ir al hospital, pero temerosa de otra escena optó por refugiarse en el coche del actor quién la acogió más que satisfecho.

La suerte le había deparado esa noche matar dos pájaros de un solo tiro: ya que había logrado realizar fácilmente otra conquista y vengarse de uno de esos odiados capitalistas que poseían tanto de todo, incluyendo una hermosa mujer que él, en su triste juventud ni siquiera había imaginado que existiera, acostumbrado en su barrio, más que pobre, miserable, a alternar con las muchachitas feas, mal vestidas e ignorantes, pero que ahora desde su elevado sitio de artista, podía arrebatar y conquistar, gozando de la *prometida* del ricachón.

-19-

Rafael después de haber estado en terapia intensiva cuatro días fue trasladado a una cómoda habitación privada, sujeto todavía a las molestias de tres agujas que picoteaban su carne y que le administraban entre otros, los medicamentos que lo mantenían dormido. El cardiólogo que lo atendía aseguró que el peligro había pasado y que afortunadamente el infarto había sido leve, atribuyéndolo a un exceso de estrés y trabajo, no obstante había prescrito una rigurosa vigilancia médica y por supuesto las curaciones que precisaba el magullado brazo izquierdo de su paciente que continuaba inflamado.

Así pasó otros tres días, despertando a ratos entre los cuales con la lengua pegajosa los labios reventados por la fiebre y los ojos medio cerrados demandaba la presencia de Gina o preguntaba a media voz por ella, entonces, su madre la anciana señora Jenny le informaba que su prometida había estado preguntando cada día por él y que seguramente acudiría a verlo, pero que antes era indispensable que continuara descansando, lo que le ayudaría a recuperarse muy pronto.

Una mañana al fin pudo levantarse y dar unos pasos por la habitación después de haber tomado un desayuno ligero que finalmente sustituía a los líquidos,

Daniel quién apenas se había despegado día y noche de la habitación atendiendo los múltiples asuntos de la empresa vía fax o teléfono, pudo al fin entre sonrisas asegurarle que lo encontraba muy repuesto, y que los asuntos de la empresa marchaban viento en popa, ya que con motivo de la puesta en marcha de la nueva factoría muchas empresas amigas habían expresado sus felicitaciones y parabienes en múltiples desplegados de prensa

Rafael le escuchó con displicencia; y sólo pareció animarse cuando el Dr. Samaniego le anunció que dentro de dos días sería dado de alta y podría concluir la recuperación en su domicilio, al cuidado de una enfermera y atento a continuar medicándose y a seguir al pie de la letra todas las recomendaciones pertinentes, el

médico, que despedía juventud y optimismo le anunció que estaría visitándolo todos los días para charlar con él.

Enflaquecido, débil, con su brazo vendado y ayudado por los enfermeros Rafael Cuéllar abandonó el hospital entre los apretones de manos y sonrisas de las enfermeras que lo habían cuidado.

En su casa de Mixcoac, pudo al fin hablar francamente con su socio y con su comadre Laura, únicos confidentes en quienes él había depositado siempre su confianza.

-¿Qué ha sido de Gina? –preguntó ansiosamente.

-Gina y usted tendrán que explicarse más adelante compadre –aseguró Laura- cuando su salud haya sido totalmente recobrada.

-Le di un sueño y me devolvió una pesadilla... ¡Si pudiéramos escaparnos de los sueños! –añadió suspirando.

-Todo se arreglará. –Enfatizó la dama.

-Quién dijera que el amor, esa síntesis de felicidad y de belleza, también puede herirnos y hasta matarnos...

-El que ama siempre perdona –intervino mamá Jenny que enterada del incidente hasta entonces había permanecido silenciosa- si la amas de veras tendrás que perdonarla...

-Se comportó como una mala muchacha, sin ningún recato, sin sentimientos...

-Las mujeres no son ni buenas ni malas, simplemente son mujeres... -opinó Daniel

-Cuando estábamos a punto de casarnos...

-La muchacha no está acostumbrada a tomar y una copa de más debe haberla desequilibrado... -apuntó Laura intentado más que disculparla, restar importancia al incidente.

-Y en cuanto a ese mequetrefe...ya lo enseñaré yo a comportarse debidamente.

-¡No vale la pena irse a ensuciar las manos con semejante basura! -declaró Daniel.

-Seguramente van a continuar frecuentándose ...-admitió Rafael.

-¿Quién puede saberlo? –respondió Daniel- cuando definas tu situación con ella todo quedará aclarado.

-

-20-

Pero Gina no sentía el menor deseo de aclarar nada con Rafael. Lo hecho, hecho estaba; y ahora vivía intensamente su aventura con Paolo en medio de la euforia provocada mas que por un enamoramiento, motivada por un capricho.

Por otra parte, si bien no sentía amor por su novio, la movía cierta compasión por el hombre que sabía que la adoraba y que por su causa yacía tendido en la cama del hospital, seguramente esperando recuperarse para ir buscar a Paolo y tener un enfrentamiento inútil, por lo que buscaba una salida para romper su compromiso

Paolo por su parte, que no era más que un explotador que gustaba vivir de las mujeres, aunque no se había atrevido a insinuarlo, hubiera preferido la reconciliación de los novios, porque el matrimonio de Gina podría resultarle a la larga un magnífico negocio ¿Qué podía importarle compartirla si como amante obtenía algún beneficio?

Mientras tanto Rafael aburriéndose en su casa de soltero se devanaba los sesos meditando la actitud que debía tomar. En toda mujer lo arbitrario es el capricho –reconocía- ¿Acaso es un ser inferior que obedece ciegamente a sus pasiones? E intentando responderse se cuestionaba ¿Por qué suponemos que un rostro bello debe corresponder siempre a un alma igual?... entonces el deseo de verla, de exigir una explicación le obsesionaba. Otras veces creía que aún era posible una reconciliación que llevara adelante el proyecto de la boda, pero pronto la lógica lo llevaba a admitir que semejante solución, equivalía a pisotear su dignidad y perder absolutamente el respeto

que se debía a si mismo, entonces debía admitir con tristeza que Schopenhauer el amargo filósofo, liquidador de sueños, tenía razón cuando afirmaba que el amor y la dicha nunca son estables y que lo único permanente en nuestras vidas eran el dolor, la traición y la soledad, y aunque a veces se daba excepcionalmente la tan deseada felicidad conyugal era sólo la excepción que sólo disfrutaban unos cuantos privilegiados, siendo para la mayoría una ilusión irrealizable, entonces llegaba hasta a envidiar la suerte de Daniel que había encontrado en Laura la compañera ideal incapaz de traicionarlo, en cambio a él, cuya vida hasta entonces había consistido en trabajar y en luchar, le estaba vedado aspirar a disfrutar del amor de la mujer que amaba y con ello, obtener la posibilidad de fundar un hogar y una familia, y se cuestionaba sintiéndose víctima de su mala suerte, era verdad que había logrado amasar una fortuna, que la vida le había permitido disfrutar de los bienes materiales, de excelentes amistades y del afecto incondicional de Daniel y de Laura; pero el amor, ese amor que él había intentado encontrar con intención honrada, con la sinceridad que muy pocos hombres podían llegar a ofrecer en una época donde los sentimientos se consideraban casi ridículos y que sólo predominaba una apetencia brutal por el sexo y por el dinero, reñidos ambos con las virtudes del espíritu; ese amor le estaba vedado, entonces el desdeñado pensaba que acaso era mejor la suerte del cornudo que no sufre porque no sabe; y tercamente volvía a pensar en perdonar, en ir en busca de Gina, tal si él fuera el culpable, conciente de que en cuestión de amores la mujer será siempre quién tiene la última palabra, y se despreciaba porque reconocía que el que ama es siempre el que pierde, porque es el débil... y mientras el cuerpo iba recobrando la vitalidad con los cuidados del doctor Samaniego, Rafael miraba hacia el porvenir, aterrado ante la soledad esa oscura soledad alimentada de libros o de cine, de trabajo absorbente, cuajado de papeles, gestiones, juntas, reuniones con gentes que no podían resolverle el enorme hueco que sólo una mujer, la que él amaba, podía llenar; entonces declaraba que el dinero, ese elemento tan importante en la vida era inútil e inservible, porque no podía comprar ya no digamos el cariño ni siquiera la compasión de Gina que no se había presentado alguna vez en el hospital, y cuya ausencia de sensibilidad denotaba que tenía el corazón alojado en un estuche de hierro, y le pesaba admitir lo inútil que resultaba aquella estéril vanidad de la belleza, cuando a esta no correspondía a una alma abierta y generosa.

En otros momentos Rafael Cuellar debía aceptar que su comportamiento era infantil ¿No era una absoluta inmadurez el comportarse como un adolescente? ¿No era una incongruencia ridícula, porque ridículos son siempre los amores, quedarse elucubrando si debería buscarla y olvidar la ofensa, perdonando la insolvencia de la casquivana que olvidaba su condición de señorita decente, de hija de familia y de profesionista, prometida a punto de contraer un matrimonio serio, con un hombre que la había colmado de halagos, respeto y atenciones, garantizándole así un futuro prometedor, por la aventura que le dejaría acaso un hijo no deseado, y la consiguiente desilusión y el fracaso? ¿Qué dirían de su comportamiento los hombres de negocios que frecuentaba, que pensarían sus propios subordinados incapaces de objetar una orden suya, que opinarían de su persona los magnates del dinero si lo miraran arrastrarse ante una muchacha sin escrúpulos, bonita pero vacía, venciéndolo fácilmente, por la tiranía del sexo y la belleza, pisoteándolo y sumergiéndolo en aquella obsesión de odio por Paolo De La Riva, cuya venganza podía llevarlo a la muerte o a la prisión, cuyos muros serían indudablemente más peores que las frías paredes del hospital

-Tengo entendido que tu novio ha salido ya del hospital -informó Don Rafael Fernández a su sobrina- resulta incomprensible que te hayas negado a visitarlo alguna vez en tres semanas. ¿Pasa algo entre ustedes que te ha distanciado absolutamente de él. en los momentos en que hubiera sido más necesaria tu presencia?

-Ya le dije a mi tía que me deprimían mucho los hospitales -respondió la muchacha irritada- por lo demás me he estado informando de su salud, aunque para eso de cuidar o visitar enfermos no sirvo...

-Pues no te cases entonces -dijo la tía.

-Eso haré -contestó secamente Gina.

-Si no estabas segura no hubieras permitido que Rafael comprara esa casa que debe haberle costado un dineral y todavía amueblarla y mandar hacer tu ajuar de novia.

-La casa podrá disponer de ella, para otra naturalmente, y en cuanto al ajuar lo devolveré a la tienda.

-¿Dónde me dejas Gina? Creo que no merecemos eso, Tú sabes que aparte de la estimación que he guardado a los Cuellar, me ligan negocios con la chocolatera...- insistió Don Antonio

-¿Qué tiene que ver los negocios con mi decisión?... ustedes pueden continuar haciendo dinero, yo quiero seguir siendo libre ¡Y eso es todo!

Gina dio la espalda malhumorada, no deseaba ni siquiera escuchar el nombre de Rafael, porque Paolo era el hombre que adoraba.

De los escarceos amorosos a los que medio desnuda o semi vestida habían pasado hace cuatro noches a la consumación sexual, el macho había resultado un verdadero diestro, conduciéndola gradualmente al éxtasis, Gina nunca había conocido el placer de la carne satisfecha, ahora sabía lo que era un orgasmo, el maestro graduado en los burdeles procuraba no sólo su satisfacción sino el placer de su compañera; experto en hacer disfrutar a la mujer la convertía en esclava por el goce, procurando que su dominio subyugante en lugar de humillarla la encantara, entonces en medio de aquel hechizo le exigió abiertamente remendar su compromiso, Gina perdida entre aquel laberinto delicioso no respondió, pero apenas se desprendió de sus brazos y se despidieron un último adarme decencia, herencia de su educación, y seguramente a que algo en ella no estaba tan podrido o tan deforme, le sopló al oído, que no era justo casarse con un hombre noble y honrado, tal era Rafael, para continuar engañándolo con el otro, al que ella, al menos por el momento, no estaba dispuesta a abandonar. Si a lo sucedido podía encontrarse una disculpa pues el noviazgo podía romperse, aunque reconocía que Rafael había gastado mucho dinero, eso tenía remedio ya que ella le devolvería joyas y regalos incluyendo las llaves de la casa, en cambio como esposa si habría mucho que reprochar, porque un juramento ante Dios, testimoniado por su familia y la sociedad, cuestionaba su moral y su dignidad, podía ser una puta, de hecho ya lo era al prestarse dócilmente a toda esa depravada gimnasia a la que su amante la había sometido, pero con ello no ofendía a nadie.

Romper el compromiso significaba además evitar la tan temida escena de tener que pedir perdón y echar la mentira de que estaba ebria, menos prometer que no volvería a ver a Paolo; así que lo mejor era escribir una carta, evitándole a Rafael la humillación de buscarla y peor aún de decirle que la perdonaba a lo que no quería arriesgarse; y en cuanto a sus tíos, para evitarse escenas y reproches, como Paolo ni siquiera había insinuado llevarla a vivir a su casa, la que posiblemente ocuparía con alguna de sus amantes, o tal vez una esposa, aunque dudaba que estuviera casado; la solución mejor era irse a vivir con Irene y buscar un trabajo como mujer independiente.

Restablecido totalmente Rafael planeaba retornar a su oficina donde pese a la diligencia de su socio, seguramente lo esperarían muchos asuntos por resolver.

Terquedad de enamorado, aún guardaba la esperanza de una reconciliación, pero precisamente cuando menos lo esperaba la sirvienta le informó que habían traído un paquete y una carta que Rafael abrió nerviosamente al identificar la letra de Gina.

Rafael:

Siento causarte otro disgusto más pero te aseguro que será el último. He conocido a un hombre que me gusta y con el que me siento feliz. No podría decir que estoy enamorada de él, como tampoco pude llegar a enamorarme de ti, aunque honestamente lo intenté halagada por tu amable comportamiento, tu confianza y generosidad. Tal vez pertenezco a una especie de mujer, en la que el amor, ese amor de antes no se da; pero que para casarse y estar unida para toda la vida con una sola persona sería indispensable, para ello no me siento capaz, porque imagino que me aburriría y no podría serte fiel, pues me gustan demasiado los hombres; y no encontraría en uno solo lo que hay en tantos, así que lo mejor es dar por terminada nuestra relación.

No hace falta que me perdones, ni mucho menos que me busques o que me ruegues, porque ello no cambiaría nada, en cambio si te pido que aprecies mi sinceridad al decirte como soy. No me odies ni me guardes rencor, te devuelvo tus regalos, olvídate y si piensas alguna vez en mí hazlo sin enojo, por mi parte no te quepa duda que recordaré los momentos amables que pasé contigo en los que llegué a creer que te amaba.

Que encuentres la buena mujer que buscas y que no dudo que mereces. Gina.

-23-

Aparentemente impasible por aquella carta en la que Gina había vaciado lo que realmente era, Rafael dobló el pliego, sintiendo que algo en su interior se había roto para siempre, profundamente dolido se quedó pensando que unos amaban para ser felices y otros en cambio para labrar su desgracia, con inmensa pesadumbre constató que desde que la había conocido no había tenido ojos sino para ella, y que ahora, no le quedaban más que la tristeza del desengaño y la amarga experiencia que le habría dejado aquel primer amor, demasiado ingenuo y demasiado tardío. El infortunio le había destrozado las alas presintiendo que ya nunca más intentaría volver a volar.

Y el espectador que es la mitad del hombre reprochó al actor su ceguera, su injustificada confianza por haber creído ciegamente en una mujer, confiando en sus sonrisas falsas y en sus palabras embusteras, por más que debía reconocer que Gina jamás le había dicho que le amaba, seguramente porque su egoísmo no le permitía querer a nadie; propensa a lo superficial, a la banalidad que no siente, pero que tampoco piensa ni razona, destruía sin placer y pisoteaba sin responsabilidad. Armada del supremo poder que conceden la juventud y la belleza había jugado con él, convirtiéndolo en una marioneta a la que simplemente arrojaba sin el menor asomo de delicadeza.

¡Estúpido! – dijo en voz alta- ¡Soy un estúpido! – repitió furioso despreciándose y me merezco lo que estoy viviendo. Apenas puede creerse que una persona de mi condición, acostumbrado a mandar y a ser obedecido, habituado a decidir, a salir siempre adelante, haya caído torpemente como un pez en la red bajo el engañoso influjo

de una muchachilla tonta, nacida para ser la puta de un patán que no merece llamarse hombre....

He ahí las consecuencias de mi torpeza, imperdonable a mis años, incompatible con mi condición, que me prevenía en no confiar en nadie, en no creer ciegamente en las apariencias... y en medio de aquella angustia que alimentaba su vanidad defraudada, Rafael hacía esfuerzos por disculparse;. Soy, -pensaba- uno de esos millones de hombres, marcados por un destino inflexible, caminando por un sendero que no elegí, imaginando que alcanzar la dicha era tan fácil como estirar la mano para disfrutar el fruto de un árbol y que por el hecho de amar a una mujer, ella debía recíprocamente amarme y pertenecerme, sin sospechar que a lo único a que tenemos derecho los sabios y los tontos, los pudientes y los menesterosos, los jóvenes y los viejos, es al sufrimiento, porque no hay nada en el mundo al que el hombre pueda sentirse más apegado que al dolor, acaso porque es muy difícil renunciar a él, y porque padecer por amor es la más refinada de las voluptuosidades humanas.

-¿Cómo te sientes hoy? -lo interrumpió la voz de Daniel, que había entrado confiadamente en la habitación.

-¿Hoy? -Repitió Rafael- ¡Hoy es el día de la vergüenza! ¡El infame día que se terminaron de liquidar mis sueños!

Daniel miró el pliego sobre la mesa y leyó con incontrolable nerviosismo aquella escritura garrapateada escrita por quién tiene prisa, porque prisa debió haber tenido Gina de concluir con aquel asunto estorbo, prisa por ir a reunirse con su amante, por evadir su condición de hija de familia, por convertirse en una mujer libre e independiente.

Daniel decretó con absoluta seguridad.

-¡Es mejor así! Al menos una vez ha sido honrada, te dice cuanto siente, pero hubiera sido peor la traición o el engaño si se hubieran casado.

-¿Lo mejor?... ¿Acaso es mejor para un condenado que el verdugo se disculpe antes de dejar caer sobre su cuello el hacha asesina?

-Por favor, no dramatices. ¡No te hagas más daño! Esa zorra te ha liberado y debieras agradecerle que al menos ha tenido una vez la decencia de quitarte la venda. ¡Ahora volverás a vivir Rafael! Sin dudas, sin esperanzas falsas, sin celos y sin odios, sin amarguras ni desilusiones...

-Sin amor, porque no hay nada que pueda rescatar un amor perdido con toda su carga de sinsabores.

-Así te parece ahora. Pero te aseguro que pasado algún tiempo, que confío no será largo, terminarás por olvidar y entonces...

-¿Entonces que?...

-Arreglarás tu vida. Encontrarás a otra y a otras, y cuando la encuentres ni siquiera te volverás a recordar de Gina, a quién habrás olvidado, como se olvida al amanecer un mal sueño; olvidarás su falsedad, su traición, y hasta los buenos momentos que hayas conseguido pasar con ella... entonces tendré el placer de volver a verte como has sido siempre: alegre, optimista, lleno de fe y de entusiasmo.

-¿Alegre dices? ... donde no hay amor, no puede haber alegría.

Detrás de la puerta mamá Jenny lloraba en silencio por su desdichado Rafael tan diferente del otro, del que ya estaba muerto pero cuya vida fue dichosa... e invocando al cielo, rogó por el hijo que lloraba sin lágrimas por la mujer que no había logrado conquistar.

Pasada la hora de la ira, Rafael Cuellar trato de analizar sus sentimientos, y descubrió mas que sorprendido, atónito, que le iba a ser muy difícil curarse de Gina porque es el amor imposible el más cruel e inmisericorde de todos, Aquella obsesión era como una dañina droga, de la que mientras más adicto se es, y más se depende de ella, más difícil resulta abandonarla; o más bien quizás cual una de esas fiebres intermitentes que parece que se van, pero regresan, entonces armado del fino bisturí de la razón tuvo que admitir que a pesar de haber nacido en pleno siglo XX pertenecía realmente a una generación pasada, la de los ilusos, de los apasionados, cuyas penas reales o imaginarias han alimentado por centurias las tramas reiterativas de las leyendas, y se preguntó ¿Quién en nuestros días sufre por el desdén de una mujer, habiendo tantas no sólo dispuestas para divertirse sino ansiosas de amar a un hombre? ¡Seguramente habría miles! Pero ninguna sería ella, la única que había conseguido encender su ilusión, la que él eligió para convertirla en su esposa, en la madre de sus hijos, en la compañera de su vida, la que él anhelaba amar como a una diosa, porque el amor es también una especie de religión, de entrega absoluta, no sólo de los cuerpos sino de las almas y de las horas De esas horas sin fin en las él soñó gastar en su compañía.

Cuando se percató de que aún la amaba se sintió miserable y como los infectados o los leprosos, pensó en ocultar el espectáculo de su dolor y de su inmadurez, demandando amor a una mujer demasiado hermosa, pero que como muchas otras deseaba sobre todo saborear el vértigo de la aventura.

Y la soledad avivó sus recuerdos, Gina continuaría incrustada en su pensamiento, como una de una de esas enfermedades que agotan y que acaso pueden provocar la muerte, pero de las que somos incapaces de extirpar, entonces convencido de que era inútil pretender olvidarla, urdió recurrir al misericordioso recurso de la huida, donde lejos de la curiosidad, de la burla o de la lástima, residiendo en otro confin de la tierra en que la distancia frenara la tentación de ir a buscarla ¡Me iré de aquí! – determinó- y nadie, absolutamente nadie, excepto mi madre y Daniel sabrán de mi paradero. Dispondré que se venda la casa que había edificado y trataré por todos los medios desterrar de mis recuerdos estas horas cargadas de infortunio, porque viajando huiré de mi mismo, y seré como la pobre bestia que va a lamerse la herida en el oscuro fondo de su cuchitril escondido en el intrincado laberinto de la selva.

Al inicio del día siguiente, Rafael Cuellar sintiéndose recuperado ordenó un pasaje con destino a Europa, y convocó a su abogado y a Daniel Iturbide a una entrevista en su domicilio, en la que invistió a su socio con el poder absoluto. Sus disposiciones fueron tan precisas y terminantes que impidieron que Daniel hiciera preguntas y mucho menos que vertiera opiniones.

Cinco días después prometiendo a mamá Jenny un pronto retorno abordó el avión que lo llevaría a Roma, la primera ciudad de su itinerario.

-25-

Iban a dar las siete de la noche cuando el comandante anunció que dentro de unos minutos llegarían a Roma, y al momento se encendieron los letreros con la recomendación de apretar los cinturones, unos minutos después el 747 descendía en el aeropuerto de Fumicino. Los pasajeros impacientes tomaron sus equipajes de mano y fueron despedidos por las sonrientes sobrecargos que les daban con la cordial bienvenida las gracias por haber volado con su aerolínea.

Rafael descendió del avión y cuando concluyó los indispensables trámites migratorios se guardó el pasaporte sellado en su bolsillo. Un empleado que portaba un letrero con su nombre se acercó para recoger sus maletas y lo invitó amablemente a

abordar el vehículo que lo había de trasladar al hotel donde había mandado reservar una habitación.

Era la primera vez que visitaba Roma, la sede de los Césares y de los Papas, y al salir a la calle bostezó mirando al cielo y llenando sus pulmones de un refrescante vaho de lluvia. La ciudad, le informó su acompañante estaba a más de veinte kilómetros y por lo menos a una hora de distancia; y desde el aeropuerto era sólo un vago reflejo luminoso entre el tenaz azul de la noche.

Cuellar quién había permanecido casi mudo en el vuelo sintió de pronto un vehemente deseo de compañía humana y empezó a conversar con el conductor haciéndole preguntas que el hombre respondía en italiano intercalando algunas palabras en inglés y en español.

La autopista bastante concurrida en aquella hora estaba franqueada por dos filas de árboles frondosos y decenas de anuncios espectaculares y conforme avanzaban la ciudad fue emergiendo cual un esbozo de acuarela bajo un cielo de zafiro

En el lujoso hotel situado en la Vía Veneto, el señor Cuellar fue recibido como huésped distinguido y objeto de cortesías y caravanas, y luego de registrarse declinó subir inmediatamente a la habitación y se fue a refugiar en la cantina buscando un trago que le despertara el apetito antes de la cena, pero en el lugar, le molestó el consabido olor mezcla de alcohol y de tabaco, por lo que optó por instalarse en su cuarto, ordenando que le subieran la cena.

Apenas entró fue a recorrer los pesados cortinajes de terciopelo, abriendo de par en par el ancho ventanal. Roma estaba a sus pies con su multitud de torres y de cúpulas, de edificios y de calles iluminadas, de turistas que iban y venían seguramente en busca de diversión. Rafael sintió el pinchazo de la soledad, él no tenía con quién compartir la emoción que el nocturno panorama le despertaba y fue a recostarse vestido sobre la cama. Una discreta llamada lo sacó de sus cavilaciones y dos mozos se presentaron llevando la cena solicitada. Un agradable aroma a pasta cocida se esparció por la estancia, mientras los sonrientes camareros improvisaban la mesa donde colocaron con los platos y cubiertos una botella de chianti cuyo destello rojo se destacaba como un enorme rubí entre la blancura del mantel almidonado.

Rafael los despidió con una generosa propina y se puso a untar con mantequilla el pan crujiente, pero de pronto halló sobre la mesa de noche una guía de la ciudad eterna y una detallada lista de los más interesantes lugares que poseía la península en forma de bota, de los que llamaron su atención: Nápoles y Venecia.

La lectura lo distrajo y hasta dejó de pensar en Gina y de odiar a Paolo. Las atractivas fotografías, el detalle de las maravillosas obras de arte que ornaban aquellas ciudades legendarias le cautivaron, al grado de que el amor frustrado que lo había arrojado hasta aquellas tierras dejó de pesarle, tal si la carga de aquella traición infame se disolviera entre aquellas láminas prometedoras de un mundo demasiado hermoso para ser real. Luego el chianti hizo lo demás. El solitario se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente intentó aferrarse al lisonjero optimismo de la noche anterior, pero cuando se estaba rasurando constató que se había alojado en su cara la triste nostalgia del viajante que no puede dejar de padecer el dolor que lleva dentro de su pecho, ni aún con toda su fuerza de voluntad, revelándosele con crueldad la horrible escena en la que su amor, su gran amor se consumió para siempre, dejándole arrugas en la frente y prematuras canas sobre las sienes. .

Desilusionado de la efímera euforia Rafael apagó las luces del tocador y mal afeitado dejó la habitación y se fue en busca de un café caliente que le calentara el estómago, luego se lanzó a las calles de la urbe materialmente inundada por una ola de

turistas provenientes de todos los países del mundo. Entonces, armado de la guía, buscando desesperadamente que la distracción lo apartara de sus recuerdos, se empeñó en visitar los templos, los museos, y los monumentos donde la belleza alojada en ellos se ostentaba entre versiones diferentes. Al principio una ola de religiosidad pareció contagiarlo, Roma era la suprema conquista del cristianismo, así lo constataban la ciudad del Vaticano con la monumental Basílica San Pedro a la cabeza, las cuatro basílicas, el castillo de San Angelo y una multitud de iglesias que podían catalogarse como museos entre las que destacaban por sus tesoros artísticos Santa María la Maggiore, Santa Susana y María Magdalena, pero en el Museo de Roma en el retrato de una de aquellas princesas emparentadas con los Papas, y amadas por hombres de poder y elevada alcurnia, tiránicas o tiernas pero nobles por tradición y herencia; creyó Rafael encontrar reflejada la fría belleza de Gina, tal si la superficial muchacha de hoy fuera la reencarnación de una de aquellas soberanas por quién las espadas se empaparon de sangre, se escribieron sonetos y madrigales y se extrajeron del vientre de la tierra el oro y los diamantes, par cubrirles las sienes y los cuellos, los voluptuosos senos y las manos aristocráticas. ¡Ah! –pensó Rafael- entonces los hombres de todos los tiempos a fin de cuentas seguían siendo los mismos, los eternos vasallos del eterno femenino, siempre en demanda, de ese amor que la mujer otorgaba a su capricho, de ese amor que podía elevar o destruir, de ese amor que alimentaba el arte, pero que por una monstruosa contradicción, también engendraba la amargura.

-26-

Venecia lo recibió con sus canales silenciosos, poco frecuentados donde las góndolas parecen mecer melancolías y donde el mutismo de las aguas ennegrecidas lamiendo los bordes de los palacios o la intromisión del vaporeto, las revuelve momentáneamente, para después continuar impávidas guardando su tristeza de siglos, su pasado de grandezas idas, de Dux poderosos, príncipes mahometanos y condes sanguinarios empenchados, portadores de espadas, puñales y venenos, saliendo de sus elegantes mansiones construidas con mármoles de Carrara que relucían como espejos, pero hoy, al igual que los regios mosaicos blanco y negro, lucen cenicientos y hasta lamosos.

La ciudad de los carnavales, de los elevados campanarios, de los usureros avaros y astutos comerciantes, hoy parece sumergida en la incurable parsimonia de las cosas viejas, de los triunfos idos, de las leyendas que hablan de los héroes legendarios que surcando los mares de los cinco continentes fueron huéspedes de sultanes y califas; Venecia la celosa depositaria de los suspiros exhalados en el vetusto puente antesala del patíbulo, de los madrigales de Fóscolo, los sonetos de Petrarca y aún de los amargos poemas de Leopardi susurrados detrás de los abanicos, Venecia, la que conoció de las grandezas de la opulencia y las miserias de la esclavitud, de los pintores y músicos geniales y de las familias empeñadas en una perenne rivalidad, Venecia la ciudad hundida, depositaria de esa paz funeraria de la que no logra despertarla ni siquiera la algazara de los miles de turistas armados de sus inevitables cámaras fotográficas que deambulan incesantemente por su plaza de San Marcos pletórica de palomas, de músicos ambulantes, de cafés en cuyas mesas de mármol amarillento se han reclinado los más célebres escritores y acaso un pintor inquieto ha esbozado una acuarela, presidido siempre por esa vocación que parece no declinar jamás.

El aire de aquel ambiente insano no fue el propicio para curar el alma de un desdichado de amor, al que no podían sanar ni la vista de los gobelinos, ni la

suntuosidad de los viejos terciopelos desteñidos cosidos con hilos de oro, ni los deslucidos manteles de los altares de sus viejísimas iglesias.

Cuellar dejó pronto Venecia y a su paso para volver a Roma visitó Siena y Asis donde contagiado del misticismo del santo, meditó concluyendo que todos los grandes amores son también férreas esclavitudes, y que llevan consigo mas que la euforia de las reconciliaciones que rara vez se dan, la tragedia del abandono y el pesado fardo de la soledad, de esa soledad que no menguan ni la belleza de los paisajes, ni las plegarias a los santos, ni mucho menos la multitudinaria presencia de los turistas curiosos aunque amables compartan las mesas de los cafés o los compartimientos de los vagones de los trenes.

En la vetusta basílica de San Francisco, Cuellar tuvo envidia del fraile obsesionado con la humildad, entregado al Cristo de la redención y del perdón, él, en cambio, sufría también por otro amor, el amor vulgar que una mujer sin corazón le había negado; y en los polvorientos jardines que circundan el monasterio, pensó que el que mucho viaja va huyendo de cada lugar que deja, y se sintió desconsolado al confirmar que aquel viaje, su viaje, no tenía fin.

Hizo una breve pausa en Roma donde visitó las catacumbas y el castillo de San Angelo desde donde se arrojó Fiora Tosca y luego partió para Nápoles. El recorrido de dos horas y media lo pasó pegado al ventanillo del convoy contemplando los viñedos, las sementeras y los árboles frutales, los campanarios lejanos destacándose entre los enjambres de viviendas, las estaciones casi solitarias donde sólo el paso del tren parecía sacudirlas momentáneamente de su modorra y luego, como brotando de aquel mutismo la presencia fresca de alguna rubia muchacha, hermosa como una Venus de carne, y cuyos ojos parecían trozos de cielo, de aquel cielo inmensamente azul.

Pronto respiró el aire saturado de mar y cuando el tren arribó a la tumultosa estación Cuellar cegado por la luz de un sol brillante sintió que lo inundaba al fin una ola de vida. La vista del Vesubio lo obligó recordar la lecciones de Historia en la que se narraba la destrucción de las ciudades aledañas de Pompeya y Herculano edificadas al pie del traicionero coloso, y hasta allá fue el viajante sorprendido de encontrar en las faldas del implacable asesino, cientos de desafiantes casas departamentales rodeadas por huertos, monumentos semi-derruidos, arbustos floreciendo, olmos enhiestos, olivos en plenitud y caminos flanqueados por prados plétóricos de flores variopintas.

Pronto se halló en Sorrento donde el calor propició que bebiera un par de cervezas, y en cuyas playas tocaba una modestísima orquesta formada de arpas, mandolinas y violines, la cual acompañaba las pegajosas canciones napolitanas que entonaba un tenor gordo, quemado por el sol pero dueño de una potente voz; ciertamente el artista no formaba parte del elenco del aristocrático Teatro de San Carlo pero en cambio su canto estaba impregnado de nostalgias, de amores, como el suyo, inconsumados, pero tan dolorosamente vivos, cual esas heridas que nunca cierran.. Y Rafael Cuellar se quedó toda la tarde escuchando las románticas melodías, constatando que sólo el lenguaje musical podía decir lo que el sentía, porque hablaba el lenguaje del corazón.

La noche del último domingo de octubre Rafael no consiguió pegar los ojos y por más vueltas que dio sobre la cama no pudo dormir siquiera unos minutos. Sentía una vaga opresión en el pecho y cierta necesidad de llevar más aire a sus pulmones, por lo que decidió levantarse.

En el interior de la habitación una luz lechosa había empezado a filtrarse tenuemente a través de las persianas anunciando el día, y en busca de aspirar el fresco de la mañana fue a abrir el amplio ventanal. El amanecer lucía cual un inmenso ópalo y Roma iba revelándose entre un vaho gris tal si brotara de un lago.

Hacia poco que habían dado las cinco en el campanario de algún templo vecino y ya las sombras de la noche palidecían ante la triunfal entrada de la mañana, en tanto que los edificios iban recobrando paulatinamente sus contornos y las nubes semejantes a velos de nácar viajaban presurosas por la pizarra azul cobalto del firmamento.

Apenas terminó de vestirse abandonó la habitación y el conserje aunque un tanto sorprendido lo saludó con el consiguiente bon giorno, el huésped le devolvió el saludo distraídamente y se dispuso a ganar las calles mientras se iba revelando poco a poco el brillante disco del sol

En el jardín de algún palacete un estallido de flores en algún prado le llamó la atención, seguramente recordando las decenas de veces que él había tenido que ocurrir a las florerías para elegir el ramo que haría llegar a Gina, pero pasados unos momentos. siguió deambulando admirándose de aquella urbe soberbia en la que cada plaza, cada fuente, cada callejón sinuoso tenía reminiscencias románticas y atesoraba historia. No supo cuantas calles recorrió pero al llegar a la Vía Nazionale divisó al fondo la estación Termini, entonces tal si lo impulsara una fuerza extraña fue dirigiendo hacia ella sus pasos.

Pronto se encontró dentro del vasto edificio, donde pese a lo temprano de la hora se hallaba pletórico de pasajeros de medio mundo ansiosos de trasladarse a diversos lugares, aguardando su turno en las ventanillas en busca de información o para adquirir billetes.

Unas decenas de clientes reunidos en derredor de las cafeterías o pequeños bares degustaban el espeso café mañanero mordisqueando el consabido croissant, mientras otros viajeros ávidos de información se acercaban para leer los titulares de los periódicos o para adquirir revistas y cigarrillos; y aún la librería de la estación abierta muy de madrugada estaba bastante concurrida, pues la gente seguía comprando novelas, tal vez porque el amor continuaba alojado en sus páginas, aunque las historias reales o ficticias relataran la mayoría de las ocasiones una amplia gama de desventuras, tal si no bastara con las que realmente se viven; y Rafael pensó que si no se hablara de amor en los libros es que tampoco lo habría, por más que sólo en las novelas el amor llegaba a ser eterno y exclusivo..

En los andenes largas filas de vagones ocupaban todas las vías y los convoyes anunciaban sus destinos con anuncios, aunque otros permanecían estacionados sin ningún anuncio.

La luz de los arbotantes se desparramaba sobre el pavimento y en los altavoces una voz masculina anunciaba la última llamada para la salida del expreso a Florencia, dos minutos después el tren partió con tal velocidad que pronto no quedó de él más que una lejana luz roja que se fue desvaneciendo gradualmente en el horizonte.

Rafael se fue internando entre aquella maraña de vagones. En un extremo del extenso patio una anticuada locomotora de vapor con su asmático shus shus despejaba la vía por donde habría de entrar un convoy procedente de algún rincón de Europa y cuya llegada se estaría anunciando en unos minutos más.

En otra vía que no llegaba hasta el andén principal, había media docena de vagones que permanecían estacionados aguardando a que una locomotora viniera a remolcarlos para conducirlos a algún destino, y el viajero pensó en abordar alguno aceptando que lo mismo daba ir a un sitio que a otro, pues al fin, en todas las poblaciones incluso en las más pequeñas, había ruinas, museos e iglesias que admirar,

pero cuando estaba subiendo el primer escalón un muchacho metido en un sucio overol y sosteniendo una aceitera intentó detenerlo con un sonoro: *Signore il treno che va da nessuna parte*, pero él que no entendía el italiano no le hizo caso y se fue a sentar en un compartimiento interior del oscuro vagón.

Repentinamente se había sentido muy fatigado. La caminata me ha cansado mucho –murmuró-y yo no estoy acostumbrado... y todavía encima la desvelada.

Se reclinó sobre el asiento afelpado repentinamente dispuesto a reflexionar: Si morir consistiera en dormir sin despertar –masculló entre dientes- ¡Morir! ¿Quién piensa en morir? Y recordó las palabras de su maestro de historia quién había sido un empedernido viajero y quién además había encontrado tiempo para ahondar en todas las religiones y filosofías, afirmando seguro que en el mundo espiritual nada muere y sólo se transforma.

-¿Bah! Lo mismo da- si al menos la existencia fuera agradable habría suficientes razones para aferrarnos a ella, pero he aquí como escribía Wagner a Matilde Wesendonk *Todo lo elevado y superior que hay en el mundo tiene que ser desgraciado*, porque en esta vida que defendemos con tanta obstinación no existen ni la justicia, ni la retribución de lo noble y únicamente perduran la sensualidad brutal en la que el cuerpo es el amo y el espíritu se relega o nulifica, predomina el goce estúpido de los sentidos unos años, para luego aparecer: la deslealtad, la traición, la tristeza, la enfermedad... y después la indiferencia, la resignación y la soledad. El verdadero amor no cabe porque la vida es inconsciente y nuestros errores se multiplican, y nuestros absurdos se repiten porque nacemos con un destino y una suerte, para algunos buena, para otros mala, pero que en ambos casos no podemos hacer nada para modificarla; la lógica a la que pretendemos aferrarnos algunas veces se queda en una buena intención que apenas somos capaces de recordar nunca de practicar; y así vamos dejando los años como un hatillo de horas inservibles; sólo las filosofías orientales explican el destino aludiendo a la llamada ley del karma, o sea la de los méritos y deudas contraídos en vidas anteriores cuyos resultados modelan el destino actual, aunque yo a veces concluyo que solamente somos títeres que cumplen un ciclo y viven maniatados, ciegos, arrastrados por una fuerza anónima que nos empuja y aunque intentamos evadirnos, fugarnos, deshacerla, nuestro vigor, nuestro coraje o determinación quedan frustrados...y sucede lo que debe, lo que está escrito antes de nacer, lo que nos duele, nos pesa y nos cuesta dolor y lágrimas y sangre, y lucha y arrepentimiento... ¡Miseria del hombre! y encima fingimos ser felices para olvidar realmente lo que somos y que vamos a morir, esperando que alguien nos ame...

De pronto los vagones fueron embestidos por una locomotora que empezó a jalarlos.. Rafael se preguntó -¿A dónde iré?- y se asomó al ventanillo donde en lugar de percibir el patio de la estación empezó a ver, como en un largo desfile toda su vida, desde cuando era muy pequeño y mamá Jenny lo amamantaba y lo dormía cantándole canciones o narrándole cuentos, luego su ingreso al kinder y su paso por la primaria y la secundaria en el colegio Williams donde encontró al que había sido su mejor amigo, después se vio en el laboratorio escolar experimentando fórmulas, memorizando conceptos, aplicando principios, resolviendo ecuaciones de álgebra, dibujando el escritorio encaramado en el sitial del profesor, vio a su padre sonriente, a su madre amorosa abrazándolo, llenándolo de besos el día de su graduación, y luego se vio él mismo trabajando incesantemente día y noche en la chocolatera, y sólo al final encontró a Gina y al verla recordó la frase de Virginia Wolf *El amor también destruye*, la vida ha sido para mí un viaje en este extraño convoy cuyo oculto itinerario consiste en pasar debajo de una serie de túneles, estaciones solitarias, abismos profundos, arrecifes, paisajes áridos sin una rendija de esperanza.... Entonces sintió un profundo dolor en el

pecho, como una daga que le taladrara las entrañas y musitó: -¡Dios mío me estoy muriendo! Y recordando su fe cristiana, su niñez entre misas y rosarios en la parroquia de Santo Domingo exclamó con trispa: ¡Señor. No me dejes perder!

Y cayó de bruces sobre el piso del vagón.

-28-

-¿Y Gina?- preguntó Isabel Farfán.

-Gina -respondió Daniel Iturbide- se apresuró a salir del embarazo y fue lo suficientemente lista para zafarse del gigoló, en cambio, supo aprovecharse de las relaciones de este y ahora es la comentadora de las noticias en el canal XYZ todas las mañanas en punto de las siete.